

Aceleración social: consecuencias éticas y políticas de una sociedad de alta velocidad desincronizada

*Hartmut Rosa**

RESUMEN**

Si existe una característica universal de la modernidad, esta es la experiencia de un cambio en la estructura temporal de la sociedad o, más exactamente, la experiencia de aceleración de la vida, cultura y/o historia. La noción de una aceleración de la vida social está prácticamente omnipresente en las sociedades modernizantes desde el siglo XVIII, y acompaña los procesos de modernización no sólo en el mundo occidental, sino también en América del Sur, Asia y África. No obstante, tanto las causas y motores como los mecanismos y efectos de la aceleración social aún son estudiados en las ciencias sociales de forma deficiente; de hecho, han sido ignorados penosamente en las teorías sobre la modernidad que en cambio han tendido a concentrarse en los procesos de racionalización, diferenciación o individualización. Por tanto, este artículo busca desarrollar un concepto coherente de la aceleración social mediante la distinción entre aceleración tecnológica, aceleración del cambio social y aceleración del ritmo de vida como sus tres principales dimensiones discernibles. También se pretende identificar los motores impulsores y las consecuencias éticas y políticas de la aceleración. El artículo concluye con la reflexión de que en un mundo moderno tardío globalizante, no sólo la estructura psíquica de los individuos, sino también las pautas temporales de la democracia corren el riesgo de verse sobrecargadas por la presión que emana de la rápida aceleración de las transacciones económicas, el progreso tecnológico y el cambio cultural.

* Profesor doctor habilitado, actualmente responsable de la cátedra de sociología general y teoría sociológica de la Friedrich-Schiller-Universität Jena. E-mail: hartmut.rosa@unijena.de. Muchos han contribuido a dar forma a mi argumento; quisiera en particular agradecer a las siguientes personas por sus valiosas sugerencias: Andrew Arato, Hanns-Georg Brose, Klaus Dicke, Nancy Fraser, Manfred Garhammer, Hans-Joachim Giegel, Axel Honneth, Andrea Kottmann, Herfried Münkler y Ralph Schrader, así como también a James Ingram por su extenso, agudo e imaginativo trabajo editorial, y por supuesto a Barbara Adam, Carmen Leccardi y Bill Scheurman por sus estimulantes respuestas. Finalmente, me gustaría reconocer con gratitud el apoyo de la Fundación Alexander von Humboldt, cuya beca de investigación Feodor-Lynen hizo posible este artículo.

** Resumen realizado especialmente por el autor para la traducción al castellano (Jena, Alemania, febrero de 2011).

Palabras clave

Aceleración social • teoría de la modernidad • dimensiones de la aceleración social • desaceleración social • consecuencias éticas y políticas

Social Acceleration: Ethical and Political Consequences of a Desynchronized High-Speed Society

ABSTRACT

If there is one universal feature of modernity, it is the experience of change in the temporal fabric of society, or more precisely, the experience of a speeding up of life, culture, and/or history. The notion of an acceleration of social life is virtually omnipresent in modernizing societies since the 18th century, and it accompanies the processes of modernization not just in the western world, but also in South-America, Asia and Africa. Nevertheless, both the causes and the driving forces, and the mechanisms and effects of social acceleration are still poorly understood in the social sciences; in fact, they have been painfully neglected in theories about modernity which have tended to focus instead on processes of rationalization, differentiation or individualization. This essay, therefore, seeks to develop a coherent concept of social acceleration by distinguishing technological acceleration, the speeding-up of social change and the acceleration of the pace of life as its three main discernible dimensions. It also strives to identify the driving forces and the ethical and political consequences of acceleration. The article concludes with the observation that in a globalizing late-modern world, not just the psychic structure of individuals, but also the temporal patterns of democracy are in danger of being overburdened by the pressure emanating from the speeding-up of economic transactions, technological progress and cultural change.

Keywords

Social acceleration • theory of modernity • social accelerations dimension • social deceleration • political and ethical consequences

I. La aceleración social en el proceso de modernización

En 1999, James Gleick (1999), al explorar la vida cotidiana en la sociedad estadounidense contemporánea, constató la ‘aceleración de prácticamente todo’: amor, vida, discursos, política, trabajo, TV, entretenimiento, etc. En esta observación, ciertamente no está solo. Tanto en discursos populares como científicos sobre la evolución actual de las sociedades occidentales, la *aceleración* figura como la característica más notoria e importante de todas.¹ Pero aunque existe un evidente aumento del discurso sobre la aceleración y la escasez de tiempo en los últimos años, la sensación de que la historia, la cultura, la sociedad o incluso ‘el tiempo mismo’ de alguna extraña manera se *aceleran*, no es en absoluto nueva; más bien parece ser un rasgo constitutivo de la modernidad como tal. Según convincentemente han demostrado historiadores como Reinhart Koselleck, la sensación general de una aceleración ha acompañado a la sociedad moderna al menos desde mediados del siglo XVIII.² De hecho, como muchos han observado y como la evidencia empírica claramente sugiere, la historia de la modernidad parece estar caracterizada por una aceleración de gran alcance y repercusión de todo tipo de procesos tecnológicos, económicos, sociales y culturales, y por un esfuerzo por alcanzar el ritmo general de vida. En cuanto a su impacto cultural y estructural en la sociedad moderna, este cambio en las estructuras temporales y patrones de la modernidad parece estar tan extendido como el impacto de procesos semejantes, como por ejemplo los de individualización o racionalización. Como ocurre con estos últimos, la aceleración social no es un proceso constante sino que evoluciona en oleadas (en la mayoría de los casos originados por las nuevas tecnologías o formas de organización socioeconómica), enfrentándose con cada nueva oleada a considerable resistencia así como a procesos de reversión parcial. Frecuentemente, una oleada de aceleración es seguida por un aumento de los ‘discursos de aceleración’, en los que se da voz a las súplicas

¹ “Cualquier intento de dar sentido a la condición humana al principio del nuevo siglo debe comenzar con un análisis de la compresión del tiempo y el espacio” (Scheuerman 2001a:41). “Compresión del tiempo y del espacio” es el término que usa David Harvey (1990) para aceleración.

² Reinhart Koselleck (1985), quien demuestra que las quejas sobre la velocidad abrumadora de la historia moderna empiezan mucho antes de la Revolución Francesa y mucho antes de que existiera un destacable desarrollo de la velocidad *tecnológica*. El discurso sobre la aceleración periódicamente alcanza una y otra vez su mayor apogeo durante los siguientes siglos. Por ejemplo, en 1877, W. G. Greg observó que la característica más importante de *su* tiempo fue su alta velocidad y la presión que ponía sobre la vida, y manifestó serias dudas sobre si esta ganancia en velocidad era un bien que compensaba su precio. En 1907, Henry Adams formuló su famosa ‘Ley de aceleración’ (de la historia); cfr. Robert Levine (1997) para observaciones históricas adicionales sobre la aceleración social.

por una desaceleración en nombre de las necesidades y valores humanos, pero que con el tiempo se acallan.³

No obstante, a diferencia de las otras características constitutivas del proceso de modernización –*individualización*, *racionalización*, *diferenciación* (funcional y estructural), y la *domesticación* instrumental de la naturaleza–, las cuales han sido objeto de profundo análisis, el concepto de aceleración todavía carece de una definición clara y práctica (*workable*), así como de un análisis sociológico sistemático. Dentro de las teorías sistemáticas de la modernidad o modernización, la aceleración está prácticamente ausente, con la notable excepción del enfoque dromológico de la historia de Paul Virilio, el cual, por desgracia, difícilmente llega a ser una ‘teoría’. Esta sorprendente ausencia frente a la omnipresencia empírica y discursiva de procesos de aceleración, podría decirse que es un reflejo del descuido de la dimensión temporal y la naturaleza procesual de la sociedad en la teoría sociológica del siglo XX –un descuido señalado por muchos autores, quizás con más repercusión por Anthony Giddens y Niklas Luhmann.⁴ En la historia de la sociología, la modernización ha sido principalmente analizada desde cuatro perspectivas diferentes referidas a la cultura, la estructura social, los tipos de personalidad y la relación con la naturaleza.⁵ Desde estas perspectivas (frecuentes, e.g., en los trabajos de Weber, Durkheim, Simmel y Marx, respectivamente), el proceso de modernización es identificado como un proceso de *racionalización*, *diferenciación*, *individualización* o *domesticación instrumental*, respectivamente (Figura 1).

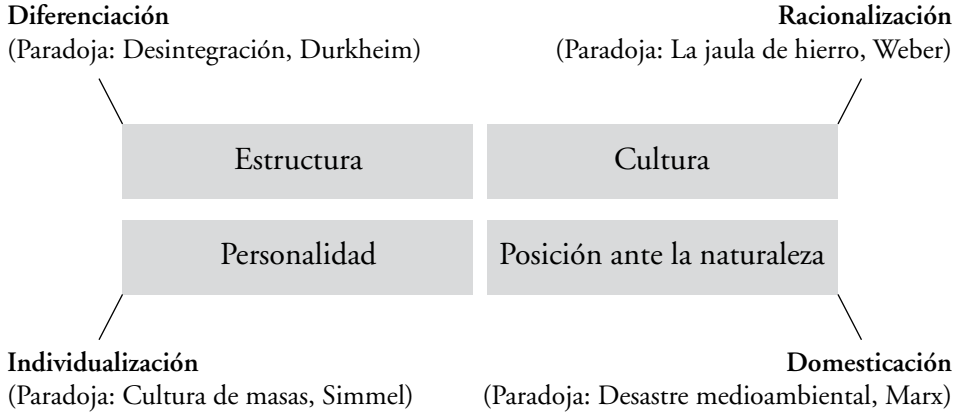
Lo que afirmo aquí es que no podemos entender adecuadamente la naturaleza y el carácter de la modernidad y la lógica de su desarrollo estructural y cultural a menos que agreguemos la perspectiva temporal a nuestro análisis. Por supuesto, la dimensión temporal se entrelaza (*runs across*) con las cuatro dimensiones ‘materiales’ de la sociedad y no puede ser claramente separada de ellas en términos fenomenológicos; no existe un ‘tiempo social’ independiente de la estructura social, la cultura, etc. Los cambios dominantes en los procesos de individualización, diferenciación, racionalización y domesticación están íntimamente relacionados

³ De este modo, las protestas y ansiedades relativas a la introducción de la máquina de vapor, el ferrocarril, el teléfono o el PC, reflejan en muchos aspectos las diversas inquietudes y protestas ‘comunitarias’ en contra de las manifestaciones de *individualización* o las oposiciones tradicionalistas en contra de las consiguientes olas de racionalización –siendo este último generalmente victorioso en el proceso de modernización.

⁴ Para un intento de introducir la dimensión temporal en la teoría social de forma sistemática y exhaustiva, ver Barbara Adam (1990).

⁵ Esta conceptualización de los intentos sociológicos por confrontar los procesos de modernización es sugerida por Hans van der Loo y Willem van Reijen (1997), adhiriendo de manera libre al esquema (notoriamente estático) de Talcott Parsons del Sistema General de la Acción.

Figura 1: El proceso de modernización I



con una transformación cardinal en las pautas temporales (aceleración), que aparece al mismo tiempo como su causa y su efecto. De hecho, se puede argumentar que muchos ejemplos de los procesos anteriores están motivados por la lógica de la aceleración. Como trataré de demostrar brevemente en la sección final de este artículo, el impulso hacia la aceleración social en las sociedades modernas podría ser de hecho tan primordial que incluso podríamos encontrar fenómenos de desdiferenciación y des-individualización en casos en los que la diferenciación y la individualización se han convertido en obstáculos para la aceleración social.

Curiosamente, van der Loo y van Reijen plantean que para cada uno de los cuatro procesos centrales de la modernización, existe un paradójico lado opuesto (*flipside*), que también ha sido con frecuencia foco del análisis social. Por ejemplo, la individualización está estrechamente relacionada con la evolución de la 'cultura de masas', el resultado general de la racionalización podría ser el confinamiento en una 'jaula de hierro' completamente irracional (la cual, por ejemplo, está condenada al crecimiento económico incluso cuando la única escasez es la escasez de la escasez), y el control instrumental y la dominación de la naturaleza podrían conducir a una reacción violenta en la que los desastres naturales provocados por el hombre acaben con toda nuestra civilización. Y, más que seguro, este lado opuesto también es evidente para la aceleración social. Por lo tanto, ningún análisis de la aceleración social es completo a menos que se tomen en consideración esos correspondientes y extraños fenómenos de desaceleración social y ralentización que se han vuelto particularmente visibles a principios del siglo XXI, con el auge

de las teorías sobre ‘hiperaceleración’, ‘turbo capitalismo’ y la ‘revolución de la velocidad digital’, por un lado; y las concepciones sobre ‘inercia polar’, el ‘fin de la historia’, el ‘cierre del futuro’ y la esclerótica inelubilidad de la ‘jaula de hierro’, por el otro lado (Virilio 1998, Fukuyama 1992 y Taylor 2002). Desde esta última perspectiva, toda la aparente velocidad y transformación de la sociedad son sólo cambios en la ‘superficie del usuario’ (Baier 2000),⁶ bajo los cuales predominan procesos de parálisis y esclerosis.

¿Pero qué es aceleración social? ¿Se refiere a una aceleración de la sociedad misma o sólo hace referencia a los procesos de aceleración dentro de una sociedad (estática)? ¿En qué sentido podemos hablar de aceleración social en singular, cuando todo lo que vemos es un sinfín de procesos de aceleración posiblemente inconexos, e.g. en el deporte, la moda, la edición de videos, transporte, cambio de trabajo, así como algunos fenómenos de desaceleración social? En lo que sigue presentaré un marco analítico que permitirá, al menos en principio, una definición teóricamente minuciosa y empíricamente justificable (o al menos discutible) de lo que podría significar para una sociedad *acelerar* y de las maneras en que las sociedades occidentales se pueden entender como sociedades de la aceleración.

II. ¿Qué es la aceleración social?

Es obvio que en contra de la observación de Gleick respecto de la ‘aceleración de prácticamente todo’, no existe una única pauta universal de aceleración que lo acelere *todo*. Por el contrario, muchas cosas se *ralentizan*, como el tráfico en un atasco, mientras que otras resisten obstinadamente todo intento por hacerlas ir más rápido, como un resfrío común. No obstante, ciertamente existe un gran número de fenómenos sociales a los cuales se les puede aplicar el concepto de aceleración correctamente. Los atletas parecen correr y nadar cada vez más rápido, los computadores procesan cada vez a una mayor velocidad, el transporte y la comunicación necesitan sólo una fracción de tiempo en relación a la que necesitaban en el siglo pasado, las personas parecen dormir cada vez menos (algunos científicos descubrieron que el promedio de horas de sueño disminuyó dos horas desde el siglo XIX y treinta minutos desde los años setenta) (Garhammer 1999), e incluso nuestros vecinos parecen instalarse y mudarse de sus apartamentos con mayor frecuencia.

⁶ Este sentido es expresado también fuertemente en las novelas de Douglas Coupland y yo [el autor] lo he explorado en profundidad en: “Am Ende der Geschichte: Die ‘Generation X’ zwischen Globalisierung und Desintegration” (Rosa 1999).

Pero incluso si podemos probar que estos cambios no son accidentales sino que siguen una pauta sistemática, ¿existe algo que estos procesos tan diferentes tengan en común que pueda reunirlos bajo un único concepto de aceleración social? En mi opinión, no directamente. Más bien, al mirar de cerca este espectro de fenómenos, resulta evidente que podemos separarlos en tres categorías tanto analítica como empíricamente distintas. En lo que sigue presentaré primero estas tres categorías de aceleración. En la sección siguiente, exploraré la conexión entre las diferentes esferas de la aceleración y los mecanismos o motores que se encuentran tras ellas. En la cuarta sección discutiré algunos problemas del análisis sociológico de las ‘sociedades de la aceleración’ que surgen del hecho de que debemos justificar un espectro de fenómenos sociales que permanecen constantes o incluso se desaceleran. Después discutiré algunas de las consecuencias políticas y éticas más urgentes y transformadoras de la aceleración social, antes de volver al problema de una conceptualización apropiada del proceso de modernización en la conclusión.

1. La aceleración tecnológica

La primera, más obvia y mejor medible forma de aceleración es la *aceleración tecnológica*, que puede ser definida en relación con los procesos intencionales y dirigidos a un objetivo (*goal directed*) de acelerar el transporte, la comunicación y la producción. Aunque no siempre es fácil medir la velocidad promedio de estos procesos, la tendencia general en este campo es innegable. Así, la velocidad de la comunicación parece haber incrementado en 10^7 , la velocidad del transporte personal en 10^2 y la velocidad del procesamiento de datos en 10^6 (Geißler 1999).

Es mayormente este aspecto de la aceleración el que se encuentra en el centro de la dromología de Paul Virilio, una narrativa de la aceleración histórica que transita desde la revolución del transporte a la de la transmisión y finalmente a la revolución de ‘trasplatación’ nacida de las posibilidades emergentes de la biotecnología (Virilio 1997). Los efectos de la aceleración tecnológica en la realidad social son ciertamente grandes (*tremendous*). Por ejemplo, la prioridad ‘natural’ (i.e. antropológica) del espacio sobre el tiempo en la percepción humana (arraigada en nuestros órganos sensitivos y en el efecto de la gravedad, que nos permite una inmediata distinción entre arriba y abajo, delante y detrás, pero no entre más temprano o más tarde) parece haber sido invertida: en la era de la globalización y de la utopicalidad de internet, el tiempo se concibe cada vez más como comprimiendo o incluso aniquilando el espacio (ver e.g. Harvey 1990). El espacio prácticamente parece ‘contraerse’ y pierde su importancia para la orientación en el mundo mo-

dero tardío. Los procesos y desarrollos ya no están localizados y las locaciones se vuelven *no-lugares* (*non-lieux*), sin historia, identidad o relación (Augé 1992).⁷

2. *La aceleración del cambio social*

Mientras que los fenómenos de la primera categoría pueden describirse como procesos de aceleración dentro de la sociedad, los fenómenos de esta segunda categoría podrían clasificarse como la aceleración de *la sociedad* misma. Cuando novelistas, científicos y periodistas desde el siglo XVIII observaron la dinamización de la cultura, la sociedad o la historia occidental –y algunas veces del tiempo mismo (Gurvitch 1963, Schmied 1985)– no estaban tan interesados en los espectaculares avances tecnológicos como en los procesos acelerados de cambio social (normalmente simultáneos) que han vuelto inestables y efímeras las constelaciones y estructuras sociales, así como las pautas de acción y orientación. La idea que subyace aquí es que las tasas de cambio mismas se están transformando. De este modo, tanto las actitudes y los valores como la moda y los estilos de vida, las relaciones sociales y las obligaciones, así como los grupos, clases o *milieus*, los lenguajes sociales y también las prácticas y hábitos, se dice que cambian a un ritmo cada vez mayor. Esto ha dado lugar a que Arjun Appadurai (1990) reemplace la simbolización del mundo social como si estuviera constituido por agregados sociales estables que se pueden localizar en *mapas*, por la idea de *pantallas* parpadeantes y fluidas que representan los flujos culturales que sólo puntualmente cristalizan en paisajes ‘étnico-, técnico-, financiero-, mediático- o ideográficos’.

Sin embargo, medir empíricamente (la tasa de) cambio social sigue siendo un reto no resuelto. Existe poco consenso en la sociología respecto de cuáles son los indicadores relevantes de cambio y cuándo las alteraciones o variaciones realmente constituyen un cambio social genuino o ‘básico’ (Sztompka 1993, Müller y Schmid 1995, Laslett 1988).⁸ Aquí la sociología podría aprovecharse de los planteamientos desarrollados en la filosofía social. El filósofo alemán Hermann Lübbe (1998) afirma que las sociedades occidentales experimentan lo que él llama una ‘contracción del presente’ (*Gegenwartsschrumpfung*) como consecuencia de las aceleradas tasas de innovación cultural y social. Su medida es tan simple como instructiva: para Lübbe, el *pasado* se define como *lo que no se puede mantener/ya no es válido*

⁷ No obstante, Harvey (1990), con referencia a una inversa espacialización del tiempo, nos previene de no desechar el espacio demasiado rápido.

⁸ Peter Laslett distingue entre 19 (!) proporciones diferentes de cambio social interno (económico, político, cultural, etc.).

mientras que el futuro denota *lo que todavía no se puede asir/no es aún válido*. El presente, por consiguiente, es el lapso en el cual (usando una idea desarrollada por Reinhart Koselleck) los horizontes de la experiencia y de las expectativas coinciden. Sólo dentro de estos lapsos de tiempo de relativa estabilidad podemos aprovechar las experiencias pasadas para orientar nuestras acciones e inferir conclusiones del pasado en relación al futuro. Sólo dentro de estos lapsos existe alguna certeza sobre la orientación, evaluación y expectativas. En otras palabras, la aceleración social se caracteriza por un aumento en las tasas de decadencia de la fiabilidad en las experiencias y en las expectativas, y por la contracción de los lapsos definibles como el 'presente'. Ahora, de acuerdo con Lübbe, podemos aplicar esta medida de estabilidad y cambio a instituciones sociales y culturales, así como a prácticas de todo tipo: el presente se contrae tanto en lo político como en lo ocupacional, en lo tecnológico como en lo estético, en lo normativo como en lo científico o en la dimensión cognitiva, i.e., tanto en lo cultural como en lo estructural.

¿Pero cómo podríamos verificar esto empíricamente? Parece haber un acuerdo bastante general en las ciencias sociales según el cual las estructuras básicas de la sociedad son aquellas que organizan los procesos de producción y reproducción. Para las sociedades occidentales desde el período moderno temprano, estas esencialmente incluyen el sistema familiar y el ocupacional. De hecho, la mayoría de los estudios sobre el cambio social se centran exactamente en estos dominios, a los que se suman las instituciones políticas y la tecnología. Más tarde abordaré la pregunta de cómo el cambio tecnológico y social, y por lo tanto la aceleración tecnológica y la aceleración del cambio social, se interrelacionan. Por el momento quiero sugerir que el cambio en esos dos ámbitos –trabajo y familia– se ha acelerado de un ritmo *intergeneracional* en la sociedad moderna temprana a un ritmo *generacional* en la 'modernidad clásica' y a un ritmo *intrageneracional* en la modernidad tardía. Por eso, la típica estructura familiar ideal de las sociedades agrarias tendió a permanecer estable a lo largo de los siglos, con una renovación generacional, dejando las estructuras básicas intactas. En la modernidad clásica, esta estructura se construyó para durar por sólo una generación: se organizaba en torno a una pareja y tendía a desaparecer con la muerte de la pareja. En la modernidad tardía existe una tendencia creciente de los ciclos de vida familiar a durar menos que la duración de la vida de un individuo: tasas crecientes de divorcio y segundos matrimonios son la prueba más obvia de esto.⁹ Asimismo, en el mundo del trabajo, el hijo heredaba la ocupación del padre en las sociedades premoder-

⁹ Comparar con el artículo de Laslett (1988), "Social Structural Time, an attempt at classifying types of social change by their characteristic paces".

nas –de nuevo, potencialmente durante muchas generaciones. En la modernidad clásica, las estructuras ocupacionales tendieron a cambiar con las generaciones: hijos (e hijas) eran libres de elegir su propia profesión, pero ellos (y ellas) generalmente elegían sólo una vez, i.e. para toda la vida. En la modernidad tardía, las ocupaciones ya no se extienden más por toda la vida laboral; los trabajos cambian a un ritmo más rápido que las generaciones.¹⁰

Si tratamos de formular el argumento de un modo más general, la estabilidad de las instituciones y prácticas puede servir como un patrón para medir la aceleración (o desaceleración) del cambio social. En el trabajo de autores como Peter Wagner (1994) y Beck, Giddens y Lash (1994), se puede encontrar evidencia teórica y empírica para fundamentar la tesis de que la estabilidad institucional en las sociedades modernas tardías está generalmente en declive. En cierto sentido, todo el discurso sobre posmodernidad y contingencia depende de esta idea, aunque hasta ahora sólo sirva como punto de partida para una futura investigación empírica.

3. *Aceleración del ritmo de vida*

Curiosamente, existe un tercer tipo de aceleración en las sociedades occidentales que no está ni lógica ni causalmente implicado en los dos primeros, sino que más bien parece, al menos a primera vista, paradójico con respecto a la aceleración tecnológica. Este tercer proceso es la aceleración del *ritmo de vida* (social), el cual ha sido postulado una y otra vez en el proceso de la modernidad (por ejemplo, por Simmel [1971, 1978] o, más recientemente, por Robert Levine [1997]). Es el centro de atención de mucha de la discusión sobre la aceleración cultural y la presunta necesidad de desaceleración. Ahora bien, si asumimos que ‘el ritmo de la vida’ –un concepto ciertamente difuso– se refiere a la velocidad y compresión de las acciones y experiencias en la vida cotidiana, es difícil ver cómo está relacionado con la aceleración tecnológica. Ya que esta última describe la *disminución* del tiempo necesario para llevar a cabo procesos y acciones cotidianas de producción y reproducción, comunicación y transporte, esto debiera conllevar un *incremento* del tiempo libre, el cual, a su vez, podría *frenar* el ritmo de vida. Ya que la aceleración tecnológica implica que un menor tiempo es necesario, el tiempo debiera volverse *abundante*. Si, por el contrario, el tiempo se vuelve más y más *escaso*, este será un efecto paradójico que requiere una explicación sociológica.¹¹

¹⁰ Para evidencia empírica sobre esto, comparar con Garhammer (1999) y Sennett (1998).

¹¹ Para una explicación económica muy interesante, ver: Staffan B. Linder (1970); yo recogeré alguno de sus argumentos en lo que sigue.

Pero primero debemos ser capaces de medir el ritmo de vida.¹² En mi opinión, los intentos de hacer esto pueden seguir una aproximación ‘subjettiva’ u ‘objetiva’, donde la más prometidora de las rutas sea probablemente una combinación de ambas. En el lado ‘subjettivo’, una *aceleración* de la velocidad de la vida (como contraposición a la velocidad de la vida misma) es probable que tenga efectos en la experiencia individual del tiempo: esto provocará que las personas consideren el tiempo como escaso, sintiéndose apurados y bajo la presión del tiempo y el estrés. Por regla general, la gente sentirá que el tiempo pasa más rápido que antes y se quejará de que ‘todo’ va demasiado rápido; se preocuparán de no poder seguir el ritmo de la vida social. Por lo tanto, el hecho de que esta queja siempre ha acompañado a la modernidad desde el siglo XVIII, no prueba que la velocidad de la vida haya sido alta todo el tiempo –de hecho, eso no ayuda en absoluto a determinar la velocidad de la vida–, pero sí sugiere su *aceleración* continua. Como es de esperar, estudios recientes indican que de hecho la gente en las sociedades occidentales *sí* se siente bajo una fuerte presión del tiempo y *sí* se queja de la falta de tiempo. Estas sensaciones parecen haber aumentado en las últimas décadas (Geißler 1999), haciendo plausible el argumento de que la ‘revolución digital’ y el proceso de globalización constituyen otra oleada de aceleración social.¹³

En el lado ‘objetivo’, una aceleración de la velocidad de vida puede ser medida de dos maneras. Primero, debería conducir a una contracción medible del tiempo usado en episodios definibles o ‘unidades’ de acción como comer, dormir, dar un paseo, jugar, hablar con la familia, etc., ya que aceleración implica que hacemos *más* cosas en *menos* tiempo. Este es un dominio donde estudios sobre el uso del tiempo cobran gran importancia. Y, de hecho, algunas investigaciones han encontrado abundante prueba de ello: así, por ejemplo, parece haber una clara tendencia a comer más rápido, dormir menos y comunicarse menos con nuestros familiares en comparación con nuestros ancestros (Garhammer 1999). No obstante, hay que ser muy cuidadoso con estos resultados: primero, porque los datos de estudios longitudinales del uso del tiempo son extremadamente limitados; segundo,

¹² El sociólogo estadounidense Robert Levine y su equipo condujeron un estudio empírico, comparativo y transcultural en el cual se utilizaron tres indicadores de la velocidad de la vida: i) la velocidad de caminar en el centro de las ciudades, ii) el tiempo que toma comprar una estampilla en una oficina de correos, y iii) la exactitud de los relojes públicos. Por un número de diversas razones que ya he discutido en profundidad en otro sitio, este enfoque puede servir en el mejor de los casos como un intento preliminar muy tosco por medir el ritmo de vida. Sin duda, dicha aproximación permanecerá como un instrumento insatisfactorio en un análisis sociológico riguroso de las estructuras temporales de la modernidad tardía (Rosa 2001).

¹³ Por lo tanto, sigue siendo bastante dudoso que el diagnóstico de Robinson y Godbey (1996) de que el inicio de “The Great American Slowdown” pueda ser confirmado mediante una mayor investigación. En enero de 2002, Robinson confirmó al autor de este artículo, mediante comunicación personal, que no tiene pruebas concluyentes en uno u otro sentido todavía.

porque siempre se encuentran casos contrarios (e.g. el tiempo que los padres pasan con sus hijos, al menos en algunas secciones de las sociedades occidentales, está claramente aumentando) sin poder determinar adecuadamente la significación de estos descubrimientos; y tercero, porque en muchas ocasiones no está claro qué *motiva* las aceleraciones medidas (e.g. que la gente como promedio duerma menos hoy en día que en generaciones previas podría simplemente atribuirse al hecho de que se hacen mayores y no trabajan tanto físicamente). La segunda manera de explorar ‘objetivamente’ la aceleración del ritmo de vida consiste en medir la tendencia social a ‘comprimir’ las acciones y experiencias, i.e., hacer y experimentar más durante un período de tiempo dado mediante la reducción de las pausas e intervalos y/o haciendo más cosas simultáneamente, como cocinar, ver televisión y hacer llamadas telefónicas al mismo tiempo (Benthaus-Apel 1995).

III. ¿Qué impulsa a la aceleración social?

Al buscar las fuerzas sociales que impulsan las ruedas de la aceleración, se vuelve necesario reconsiderar la conexión entre las tres ‘esferas’ de la aceleración discutidas hasta ahora. El mayor problema aquí estriba en la paradoja de la simultaneidad de la aceleración tecnológica (1) y el aumento de la escasez de tiempo (3). Si el tiempo libre decrece a pesar de la aceleración tecnológica, la única explicación posible es que la propia cantidad de actividades ha cambiado o, más precisamente, ha aumentado más rápido que la correspondiente tasa de aceleración tecnológica. Por consiguiente, el tiempo libre se produce cuando la tasa de aceleración tecnológica se sitúa sobre la tasa de crecimiento, donde ‘crecimiento’ se refiere a toda clase de acciones y procesos que requieren gran cantidad de tiempo. En cambio, el tiempo se vuelve escaso cuando las tasas de crecimiento son mayores que las tasas de aceleración. Por ejemplo, cuando la velocidad del transporte se dobla, la mitad del tiempo previamente utilizado en transporte estará disponible como ‘tiempo libre’. Sin embargo, si la velocidad se duplica mientras que la distancia que necesitamos recorrer se cuadruplica, necesitamos el doble de tiempo que utilizábamos antes: el tiempo se vuelve escaso. Lo mismo vale para los procesos de producción, comunicación, etc. Es importante señalar que el crecimiento y la aceleración no están lógicamente ni causalmente interconectados, ya que sólo la aceleración de procesos constantes supone lógicamente un aumento correspondiente, mientras que por el contrario los procesos de transporte, comunicación o producción no son necesariamente constantes. Por consiguiente, deberíamos aplicar el término ‘sociedad de la aceleración’ a una sociedad si, y sólo si, la aceleración tecnológica y la creciente

escasez de tiempo (i.e. una aceleración del ritmo de vida) ocurren simultáneamente, i.e. si las tasas de crecimiento sobrepasan las tasas de aceleración.

Ahora bien, esto, curiosamente, es una de las maneras en que la aceleración del ritmo de vida y la aceleración tecnológica se interconectan: la aceleración tecnológica puede verse como una respuesta social al problema de la escasez de tiempo, i.e., a la aceleración del ritmo de vida. Cuando examinamos las relaciones causales entre las tres esferas de la aceleración social, se revela una sorprendente cadena o circuito de retroalimentación (*feedback loop*): la aceleración tecnológica, que con frecuencia se asocia con la introducción de nuevas tecnologías (como la máquina de vapor, el ferrocarril, el automóvil, el telégrafo, el computador, internet), provoca casi inevitablemente toda una serie de cambios en las prácticas sociales, las estructuras de comunicación y las correspondientes formas de vida. Por ejemplo, internet no sólo ha aumentado la velocidad de los intercambios comunicativos y la 'virtualización' de procesos productivos y económicos, sino que también ha creado nuevas estructuras ocupacionales, económicas y comunicativas, generando nuevos modelos de interacción social e incluso nuevas formas de identidad social (Turkle 1995). Por tanto, es fácil ver cómo y por qué la aceleración tecnológica es propensa a ir estrechamente relacionada con la aceleración del cambio en la forma de las cambiantes estructuras y patrones sociales, las orientaciones, y las evaluaciones de la acción. Además, si la aceleración del cambio social supone una 'contracción del presente' en el sentido discutido antes, eso naturalmente conduce a una aceleración del 'ritmo de vida'. La explicación de esto se halla en un fenómeno que es bien conocido en el área de la producción capitalista y suele conocerse como el fenómeno de la 'pendiente resbaladiza': el capitalista no puede parar y descansar, detener la carrera y asegurar su posición, ya que, o bien sube o bien baja, no existe punto de equilibrio porque permanecer detenido es equivalente a quedarse atrás, como Marx y Weber señalaron. Asimismo, en una sociedad con tasas de cambio social aceleradas en todas las esferas de la vida, los individuos siempre sienten que están parados en una 'pendiente resbaladiza': tomar un descanso prolongado significa quedarse pasado de moda, anticuado, anacrónico en la propia experiencia y en el propio conocimiento, en la propia vestimenta o equipamiento, así como en la orientación personal e incluso en el propio lenguaje (nota 29).¹⁴ Por lo tanto, la gente se siente presionada a mantener el ritmo de la velocidad del cambio que experimenta en su mundo social y tecnológico para evitar la pérdida de opciones y conexiones

¹⁴ De este modo, las personas mayores en las sociedades occidentales son frecuentemente incapaces de entender la 'burbuja tecnológica' (*technobubble*) que los jóvenes usan cuando hablan acerca de sus gameboys, emails, DVD, etc.

(*Anschlußmöglichkeiten*) potencialmente valiosas. Este problema se agrava por el hecho de que, en un mundo de incesante cambio, se vuelve crecientemente más difícil decir qué opciones eventualmente llegarán a ser valiosas. Así, el cambio social acelerado conducirá a su vez a una aceleración del ritmo de vida. Y finalmente, como observamos al principio, se requerirán nuevas formas de aceleración tecnológica para acelerar los procesos de la vida productiva y cotidiana. De este modo, se puede afirmar que los ‘ciclos de aceleración’ son un proceso cerrado y autoimpulsado.

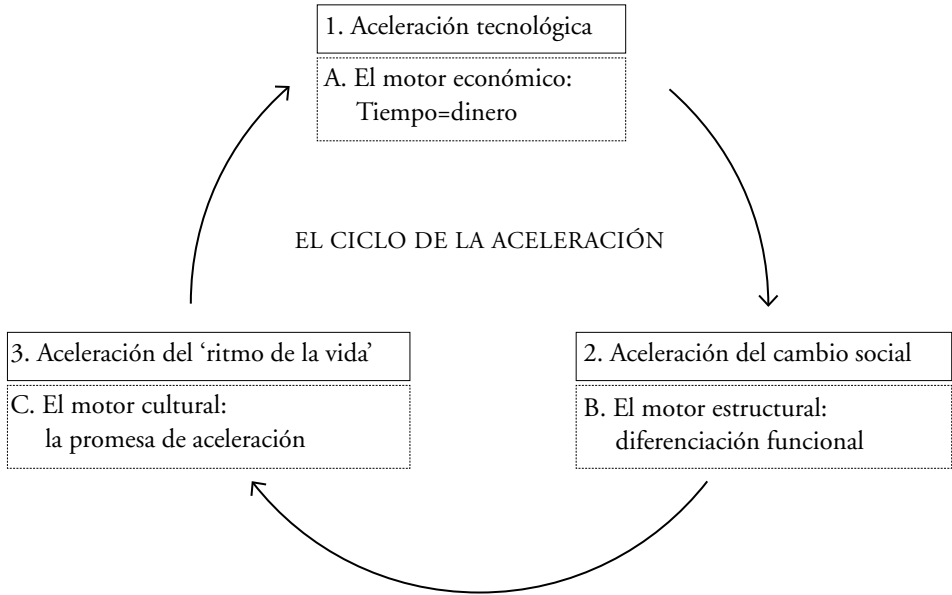
Sin embargo, el ciclo de aceleración por sí solo no es suficiente para explicar las dinámicas inherentes a las sociedades occidentales, o para entender sus orígenes y las formas específicas en las cuales la lógica y la dinámica de la velocidad y del crecimiento están interconectadas. En la búsqueda de las fuerzas motoras de la aceleración más allá del propio ciclo de retroalimentación, se puede ver que existen tres factores primarios (analíticamente independientes) que pueden identificarse como ‘aceleradores clave’ externos, detrás de las tres dimensiones de la aceleración social. En cada uno de ellos, las lógicas del crecimiento y la velocidad están conectadas de una manera particular característica de una de las dimensiones de la aceleración social.

1. *El motor económico*

La fuente más obvia de aceleración social en las sociedades de Occidente es, por supuesto, el capitalismo. Dentro de una economía capitalista, el tiempo de trabajo figura como un factor de producción tan crucial que ahorrar tiempo es equivalente a generar ganancias (relativas), como expresa la famosa ecuación de Benjamin Franklin de tiempo y dinero. También, el ‘tiempo de liderazgo’ sobre los competidores en la introducción de nuevas tecnologías o productos es un elemento clave de la competencia de mercado porque permite ‘ganancias extra’ cruciales antes que los competidores lo logren. Finalmente, la reproducción acelerada del capital invertido es crucial con respecto a lo que Marx llamó ‘consumo moral’ de la tecnología y el sistema de crédito. Como consecuencia, el círculo de producción, distribución y consumo acelera constantemente. Esto explica de manera certera la competición sin descanso por la aceleración *tecnológica* en las sociedades capitalistas (Figura 2).

En resumen, el funcionamiento del sistema capitalista descansa en la circulación acelerada de bienes y capital en una sociedad orientada al crecimiento. Por lo tanto, la lógica del capitalismo conecta *crecimiento* con *aceleración* en la necesidad de incrementar la producción (crecimiento), así como productividad (la cual puede definirse en términos de tiempo como *producción por unidad de tiempo*).

Figura 2: Motores de la aceleración



En consecuencia, no es de extrañar que muchos autores interesados en el problema de la aceleración social hayan atribuido no sólo la tecnológica sino *toda* forma de aceleración al capitalismo (Sennett 1998, Harvey 1990, Scheuerman 2001a, Reheis 1998, Postone 1996).¹⁵ Sin embargo, esta conjetura sobre una aceleración forzada por el capitalismo es en sí misma insuficiente para explicar toda una serie de fenómenos de aceleración en la dimensión (2) y (3), algunos de los cuales revelan que de ningún modo los procesos de aceleración son siempre o incluso normalmente impuestos por la competencia, sino que con frecuencia son esperados con matices eudemonistas o incluso escatológicos.¹⁶ Aquí es donde el *motor cultural* de la aceleración influye, un motor que parece ser indispensable en la explicación del propio éxito de las formas de producción capitalistas.

¹⁵ Para una reinterpretación marxista contemporánea del rol del crecimiento y el tiempo en sociedades capitalistas, ver Moishe Postone (1996).

¹⁶ La expresión más clara del 'eudemonismo de la velocidad' es probablemente el Manifiesto del Futurismo de Marinetti, donde la velocidad se celebra como una gloriosa noticia, una divinidad omnipresente e inmortal.

2. *El motor cultural*

La aceleración del cambio social en las sociedades occidentales está indisolublemente conectada con los ideales culturales dominantes de la modernidad. Estos han cambiado gradualmente el equilibrio entre tradición e innovación hacia la prioridad del cambio, de tal manera que la ‘vida real’, como observó Friedrich Ancillon en 1828, hay que buscarla en el cambio por el bien del cambio.¹⁷ Ahora bien, sin negar que la evolución de la industria, las formas capitalistas de producción y las consecuentes prácticas sociales juegan un papel clave en la institucionalización de esta idea, es importante ver que sus raíces se encuentran mucho más atrás. El ideal formulado por Ancillon es consecuencia de una concepción de la vida en la cual la buena vida es la vida plena (*fulfilled life*), i.e., una vida que es rica en experiencias y en capacidades desarrolladas. Este ideal dominante de la cultura moderna evolucionó en la secularización del tiempo y de las concepciones de la felicidad humana, analizado en detalle por Hans Blumenberg (1986) y más recientemente por Marianne Gronemeyer (1996) y Gerhard Schulze (1994).¹⁸ La idea de la vida plena ya no supone una ‘vida superior’ esperándonos después de la muerte, sino más bien consiste en la realización de tantas opciones como sea posible de entre las inmensas posibilidades que el mundo ofrece. Saborear la vida en todos sus altibajos y en toda su complejidad se convierte en una aspiración central del hombre moderno.¹⁹ Pero, al parecer, el mundo siempre parece tener más que ofrecer de lo que se puede experimentar en el curso de una sola vida. Las opciones de oferta siempre superan aquellas realizables en la vida de un individuo, o, en términos de Blumenberg, el tiempo percibido del mundo (*Weltzeit*) y el tiempo de una vida individual (*Lebenzeit*) divergen dramáticamente. La aceleración del ritmo de vida

¹⁷ “Todo ha empezado a moverse, o ha sido puesto en movimiento y con la intención o bajo la pretensión de llenar y completar todo, todo se pone en duda, se cuestiona y se acerca a una transformación general. El amor al movimiento en sí mismo, sin propósito y sin un fin específico, ha emergido y se ha desarrollado fuera del movimiento del tiempo. En él, y sólo en él, uno busca y establece su vida real” (citado en Koselleck 1985:251; versión en inglés). Es extraordinario lo mucho que estas observaciones se asemejan al famoso pasaje de Marx y Engels del Manifiesto Comunista, donde *todo lo sólido se desvanece en el aire*. Sin embargo, mientras que en el Manifiesto esto parece ser simplemente un subproducto (no intencionado) de las relaciones económicas, Ancillon (y Koselleck) señalan que esta transformación está también impulsada por corrientes culturales. La cuestión del ‘motor principal’ puede, ciertamente, dejarse a un lado en este momento.

¹⁸ Respecto de secularización del tiempo, comparar con Charles Taylor (2004), “Modern social imaginaries”.

¹⁹ Una famosa ilustración literaria de esta idea se puede encontrar en el trabajo de Goethe, e.g., en *Fausto* o *Wilhelm Meiste*. No es sorprendente, como señala Manfred Osten, que los escritos de Goethe puedan leerse e interpretarse fructíferamente como una descripción y crítica de la aceleración social; ver “Accelerated Time: A Few Remarks on the Modernity of Goethe” (Rosa 2002a).

parece ser una solución natural a este problema: si vivimos el ‘doble de rápido’, si nos cuesta sólo la mitad de tiempo realizar una acción, una meta o una experiencia, podemos duplicar lo que podemos hacer en nuestra vida. Nuestra ‘eficacia’, la proporción de opciones realizadas respecto de las opciones potencialmente realizables, se duplica. De esto se deduce que en esta lógica cultural las dinámicas de crecimiento y aceleración también están intrincadamente entrelazadas.

Dentro de esta lógica cultural, si continuamos aumentando la velocidad de la vida, con el tiempo podríamos llegar a vivir una multiplicidad de vidas dentro de una sola vida al tomar todas las opciones que las definen. La aceleración sirve de estrategia para borrar la diferencia entre el tiempo del mundo y el tiempo de nuestra vida. De este modo, la promesa eudemonista de la aceleración moderna parece ser un equivalente funcional de las ideas religiosas de eternidad o ‘vida eterna’, y la aceleración del ritmo de vida representa la respuesta moderna al problema de la finitud y la muerte.

Sin embargo, debido a la dinámica de autopropulsión del ‘ciclo de aceleración’, la promesa de aceleración nunca se cumple, pues las mismas técnicas, métodos e invenciones que permiten una realización acelerada de opciones aumentan a la vez el número de opciones (del ‘tiempo del mundo’ o ‘recursos del mundo’, por así decirlo) a una tasa exponencial. Por ejemplo, internet no sólo acelera la información y la comunicación, también crea dominios completamente nuevos de intercambio, servicios, comunicaciones y entretenimiento. Por lo tanto, siempre cuando navegamos por la red, podríamos potencialmente navegar cientos y miles de otros sitios que podrían servir incluso mejor a nuestros propósitos. Lo mismo puede aplicarse en el caso de la televisión por cable: mientras que treinta años atrás sólo nos perdíamos dos o tres programas al mirar un canal, ahora nos perdemos cientos.²⁰ Esto, por supuesto, ha creado el fenómeno cultural del zapping. Como una consecuencia, nuestra porción del mundo, la proporción de las opciones del mundo realizadas respecto de las potencialmente realizables, decrece (contrariamente a la promesa original de la aceleración) sin importar cuánto aumentemos el ‘ritmo de vida’. Esta es la explicación *cultural* para el fenómeno paradójico de la simultánea aceleración tecnológica y el aumento de la escasez de tiempo.

²⁰ Por supuesto, esta multiplicación de las opciones es sólo un problema cultural si las opciones se consideran valiosas (al menos potencialmente). Un incremento en opciones no interesantes no afectaría el ritmo de vida. Sin embargo, como veremos en la sección cuatro de este artículo, un problema de las ‘sociedades de la aceleración’ es que la (futura) relevancia de las opciones presentes se vuelve crecientemente impredecible. No sabemos qué necesitaremos, queremos, poseeremos o usaremos mañana.

3. *El motor estructural*

Aparte de las explicaciones económicas y culturales de las dinámicas de la aceleración occidental moderna, algunos sociólogos han identificado un tercer motor externo en la *estructura social* de la sociedad moderna. De acuerdo con este criterio, defendido predominantemente en el contexto de la teoría de sistemas de Niklas Luhmann, el cambio social se acelera debido al principio estructural básico de la sociedad moderna de *diferenciación funcional*. En una sociedad que no está primeramente segregada en jerarquías de clases sino más bien estructurada a lo largo de las líneas de los ‘sistemas’ funcionales, como la política, la ciencia, el arte, la economía, la ley, etc., la complejidad aumenta inmensamente. Como resultado, el futuro se abre a una casi ilimitada contingencia y la sociedad experimenta el tiempo en forma de perpetuo cambio y aceleración (Rammstedt 1975, Luhmann 1982, Nassehi 1993). Ahora bien, la creciente complejidad y contingencia crean una abundancia de opciones y posibilidades. Dado que estas no se pueden manejar simultáneamente, Luhmann afirma que la complejidad en la sociedad moderna está ‘temporalizada’ con el propósito de permitir el procesamiento secuencial de un mayor número de opciones y relaciones que las que podrían procesarse simultáneamente. La consiguiente necesidad de sincronización y selección de las crecientes opciones (futuras) sólo puede satisfacerse si a su vez el procesamiento mismo se acelera. De este modo, encontramos una sorprendente duplicación estructural o ‘reflejo’ del dilema señalado en el párrafo anterior (o viceversa). Aquí también encontramos una variante de la dialéctica interna del crecimiento y la aceleración que es característica de las sociedades modernas, en este caso como un motor impulsor del *cambio social* (estructural) (Figura 2).

IV. Forma y relevancia de la desaceleración social

Incluso si encontramos pruebas concluyentes de la aceleración en las tres esferas definidas anteriormente, es crucial no dejarse arrastrar por una lógica de subsunción donde todo proceso o fenómeno social se ve como determinado por las dinámicas de aceleración. Por lo tanto, antes de poder determinar adecuadamente el sentido en el que es posible hablar de *la aceleración en sociedades occidentales*, necesitamos comprender el estatus, función y estructura de esos fenómenos que escapan a la dinamización, o incluso representan formas de ralentización y desaceleración. Analíticamente, podemos distinguir cinco formas diferentes de desaceleración e inercia, las cuales trascienden las esferas de la aceleración identificadas hasta ahora.

1. Primero, existen límites de velocidad *naturales* y *antropológicos*. Algunas cosas en principio no se pueden acelerar. Entre estas se encuentran la mayoría de los procesos físicos, como la velocidad de la percepción y procesamiento en nuestros cerebros y cuerpos, o el tiempo que necesitan la mayoría de los recursos naturales para reproducirse.
2. Además, existen ‘nichos’ territoriales, así como también sociales y culturales, que aún no han sido afectados por las dinámicas de modernización y aceleración. Simplemente han estado (total o parcialmente) exentos de procesos de aceleración, aunque en principio sean accesibles para dichos procesos. En tales contextos, el tiempo parece estar ‘detenido’, como dice el refrán, e.g., islas olvidadas en el mar, grupos socialmente excluidos o sectas religiosas como los Amish o formas tradicionales de práctica social (como producir whisky en el famoso anuncio de Jack Daniels). Podría decirse que estos ‘oasis de desaceleración’ quedan bajo presión creciente en la modernidad tardía a menos que estén *deliberadamente protegidos* contra la aceleración y de esa manera queden bajo la categoría (4).
3. Existen también fenómenos de *ralentización como una consecuencia no-intencionada* de la aceleración y la dinamización. Esto frecuentemente implica formas *disfuncionales* y *patológicas* de desaceleración; la versión más conocida del primero son los atascos de tráfico, mientras que recientes descubrimientos científicos identifican el segundo en ciertas formas de depresiones psicopatológicas que se entienden como reacciones individuales (desaceleradoras) ante las excesivas presiones de la aceleración (Levine 1997, Baier 2000).²¹ Esta categoría podría incluir también la exclusión estructural de los trabajadores de la esfera de producción, lo cual es comúnmente una consecuencia de su incapacidad para mantenerse dentro de las lógicas de flexibilidad y velocidad requeridas en las economías occidentales modernas. Los excluidos, por lo tanto, sufren una extrema ‘desaceleración’ en forma de desempleo de larga duración (Sennett 1998, Jahoda 1988). Las recesiones económicas –llamadas ralentizaciones económicas– pueden interpretarse también de esta manera.
4. Contrario a las formas no intencionales de ralentización, existen *formas intencionales de desaceleración (social)* que incluyen movimientos ideológi-

²¹ También, varios artículos en: *Psychologie Heute* (1999) 26, Nº 3.

cos en contra de la aceleración moderna y sus efectos. Tales movimientos han acompañado, más o menos, cada nuevo paso en la historia de la aceleración moderna y en particular de la *aceleración tecnológica*. De este modo, la máquina a vapor, el ferrocarril, el teléfono y el computador fueron recibidos con desconfianza e incluso hostilidad; pero, en todos los casos, los movimientos de rechazo fracasaron finalmente (Levine 1997, Schivelbusch 2000). Por consiguiente, dentro de esta cuarta categoría, necesitamos distinguir entre dos formas de desaceleración deliberada:

- a) Por un lado, existen formas limitadas o temporales de desaceleración cuyo objetivo es preservar la capacidad de funcionamiento y posterior aceleración dentro de los sistemas aceleratorios. En el nivel individual, encontramos tales *formas aceleradas de desaceleración* cuando la gente se toma un ‘tiempo fuera’ (*time out*) en monasterios o participa en cursos de yoga que prometen ‘un descanso en la carrera’ –con el propósito de permitir después una participación más exitosa en los sistemas sociales aceleratorios. Asimismo, existe una gran cantidad de literatura de autoayuda que sugiere una deliberada ralentización en el trabajo o en el aprendizaje con el objeto de incrementar el volumen global de trabajo o aprendizaje en un período de tiempo dado, o bien recomendando pausas para incrementar la energía y la creatividad.²² A nivel social y político, también, algunas veces se sugieren ‘moratorias’ para resolver obstáculos tecnológicos, políticos, legales, medioambientales o sociales que se interponen en el camino de la modernización (Eberling 1996).
- b) Por otro lado, existen diversos movimientos sociales antimodernistas, a menudo fundamentalistas, que abogan por una desaceleración (radical). Esto no es para nada sorprendente, dado el hecho de que la aceleración parece ser uno de los principios fundamentales de la modernidad. Entre estos encontramos movimientos religiosos radicales y movimientos ‘de ecología profunda’ o políticamente ultraconservadores o anarquistas. Por consiguiente, para el político y académico alemán Peter Glotz, la desaceleración se ha convertido en el nuevo foco ideológico de las víctimas de la modernización (Glotz 1998, Levine 1997).

²² Para tales formas de desaceleración, ver Seiwert (2000).

Sin embargo, descartar sencillamente la propuesta de la desaceleración como ideológica es peligrosamente simplista, pues los argumentos más importantes a favor de la desaceleración intencional son aquellos que siguen las líneas de pensamiento de la primera forma (4a). El argumento central aquí es que los enormes procesos de aceleración que han dado forma a la sociedad moderna se basaron firmemente y fueron posibles gracias a la estabilidad de *algunas* instituciones modernas fundamentales como la justicia, la democracia, el régimen de trabajo industrial y las biografías o 'trayectorias de vida' estandarizadas o 'institucionalizadas' de la modernidad (Rosa 2001, Kohli 1990). Sólo dentro de un marco estable formado por tales instituciones podemos encontrar las precondiciones necesarias para una planificación e inversión a largo plazo y, por tanto, para una aceleración a largo plazo. Es más, como Lübbe postula, en una sociedad en aceleración, las precondiciones de la reproducción cultural son tales que la flexibilidad sólo es posible en base a ciertas orientaciones e instituciones culturales estables e inalterables. Tanto institucional como individualmente –o bien tanto estructural como culturalmente– parece haber ciertos límites en la flexibilización y dinamización que pueden estar en peligro de erosión en la modernidad tardía (Lübbe 1998). Por consiguiente, mucho más que los radicales antimodernistas, es muy posible que el mismo éxito y la ubicuidad de la aceleración sea lo que socava y erosiona las precondiciones para una futura aceleración. En este sentido, la desaceleración en algunos aspectos podría ser una necesidad funcional de la sociedad de la aceleración más que una reacción ideológica a ella.

5. Finalmente, nos encontramos con la impresión de que en la sociedad moderna tardía, a pesar de la aceleración generalizada y la flexibilización, las cuales crean una apariencia de total contingencia, hiperopcionalidad e ilimitada apertura, un cambio 'real' ya no es posible: el sistema de la sociedad moderna se está cerrando y la historia está llegando a un final en un 'statu quo hiperacelerado' o a una 'inercia polar'. Los defensores de este diagnóstico incluyen a Paul Virilio, Jean Baudrillard y Francis Fukuyama. Ellos afirman que no existen nuevas visiones ni energías disponibles para la sociedad moderna y, por tanto, la enorme velocidad de los acontecimientos y las alteraciones es un fenómeno superficial que apenas cubre una inercia cultural y estructural profundamente arraigada.²³ Para

²³ Fukuyama, en efecto, toma parte en el discurso sobre poshistoria (*post-histoire*), la que sigue una larga tradición volviendo sobre Kojève y Hegel. Para Lothar Baier en sus "eighteen essays on acceleration" (*Keine Zeit!*) –"dieciocho ensayos sobre aceleración" (¡No hay tiempo!)–, la aceleración y el cambio sólo ocurren en la 'interfaz del usuario' de las sociedades modernas, mientras su estructura profunda permanece inalterable.

una teoría sociológica de la aceleración de la sociedad, es vital explicar esta posibilidad de paralización (extrema) en su mismo esquema conceptual.

La pregunta fundamental que surge en este punto es la relación existente entre los procesos de aceleración y desaceleración social en la sociedad moderna. Dos posibilidades generales son concebibles. Primero, los procesos de aceleración y desaceleración están por lo general en equilibrio, de modo que encontramos en las pautas temporales de la sociedad ambos tipos de cambio sin dominio claro alguno y sostenido de uno u otro. Segundo, el equilibrio se desplaza hacia las fuerzas de la aceleración, de modo que las categorías de desaceleración tendrían que ser interpretadas como *residuales* o como *reacciones* a la aceleración. Yo sugeriría que la segunda afirmación es de hecho correcta, aunque esto sea bastante difícil de probar empíricamente. Mi afirmación se basa en la suposición de que ninguna de estas formas de desaceleración alcanza a igualar una genuina y estructuralmente contratendencia frente a la aceleración moderna. Los fenómenos enumerados bajo las categorías (1) y (2) simplemente denotan los límites (en retroceso) de la aceleración social; no son en ningún caso fuerzas contrarias. Las desaceleraciones de la categoría (3) son *efectos* de la aceleración, y como tales derivados de y secundarios a ella. La categoría (4a) identifica fenómenos que, bajo un estudio más minucioso, resultan ser elementos de los procesos de aceleración o bien *condiciones posibilitadoras* de una aceleración (adicional). La resistencia deliberada contra el aumento de la velocidad de la vida y la ideología de la desaceleración (4b) es claramente una *reacción* a las presiones de y por la aceleración; como ya hemos señalado antes, todas las principales tendencias de la modernidad han hallado considerable resistencia, pero hasta ahora todas las formas de resistencia han resultado ser bastante efímeras e infructuosas. De esta manera, la única forma de desaceleración que parece no ser derivada o residual es la categoría (5). Esta dimensión parece ser una característica inherente y complementaria a la propia aceleración moderna; este es el paradójico lado contrario característico de todas las fuerzas distintivas de la modernidad (individualización, diferenciación, racionalización, domesticación y aceleración).

V. Implicaciones políticas y éticas

Es de vital importancia para el análisis de las estructuras temporales de la sociedad notar que el aumento de la velocidad de los procesos frecuentemente significa más que un mero cambio cuantitativo que deja la naturaleza de dichos procesos intacta. Por el contrario, de la misma manera que el aumento de la velocidad en

una secuencia de imágenes puede ‘darles vida’ en la transición de la fotografía al cine, o que la aceleración de las moléculas puede transformar el hielo en agua y en vapor, los cambios en las estructuras temporales de las sociedades modernas transforman la esencia misma de nuestra cultura, estructura social e identidad personal (y, por supuesto, también de nuestra experiencia de la naturaleza). Así, la muy discutida pero poco acordada distinción entre modernidad y modernidad tardía o posmodernidad podría entenderse mejor en referencia a la dimensión temporal. La modernidad tardía no es más que la sociedad moderna acelerada (y desincronizada) más allá del punto de una posible reintegración. Quisiera mostrar esto explorando dos fundamentales transformaciones relacionadas entre sí: la transición en las identidades personales y el declive de la política en la modernidad tardía.

1. *La identidad situacional y la destemporalización de la vida*

De las tres dimensiones de la aceleración social, la *aceleración del ritmo de vida* está más directamente vinculada con la personalidad. Ya que la noción de personalidad se ha vuelto bastante oscura en las ciencias sociales y las humanidades (probablemente debido a su connotación esencialista), en su lugar, las transformaciones relevantes se discuten en la mayoría de los casos en términos de patrones cambiantes de *identidad* (Rosa 1998a).

Partiendo del modelo desarrollado antes, la aceleración del ritmo de vida podría explicarse en base a dos factores diferentes. Por un lado, los individuos se podrían sentir presionados a acelerar en respuesta al cambio social que los rodea, i.e., debido a lo que yo he llamado el fenómeno de la ‘pendiente resbaladiza’. La aceleración en este sentido podría verse reforzada por el miedo ‘a salir perdiendo’ en vista de las demandas de velocidad y flexibilidad del mundo social y económico. Por otro lado, acelerar el ritmo de vida podría ser una respuesta (voluntaria) a ‘la promesa de aceleración’, i.e., una consecuencia de la concepción que tienen las personas de la buena vida. Por supuesto, *miedo y promesa* podrían ser *ambos* factores que impulsan a la aceleración (como lo son, siguiendo la famosa tesis de la ética protestante de Max Weber, los factores que impulsan el capitalismo) (Rosa 2002b). El lenguaje común podría servir como una guía para probar la hipótesis de la pendiente resbaladiza: incluso una mirada casual a cómo la gente explica o justifica su uso del tiempo resulta curiosa a la luz de la ideología dominante de la libertad individual. En extraña oposición a la idea de que los individuos en las sociedades occidentales son libres de hacer lo que quieran, la retórica de la obligación abunda: “realmente tengo que leer el periódico, hacer ejercicio, llamar y

visitar a mis amigos regularmente, aprender un segundo idioma, inspeccionar el mercado de trabajo en busca de mejores oportunidades, tener pasatiempos, viajar al extranjero, mantenerme al día con los avances en tecnología informática, etc.”²⁴ No obstante, debemos procurar escrutar el origen de esta clase de ‘deber’ –bien podría ser el resultado de un ideal cultural subyacente así como también de presiones sociales y económicas. Curiosamente, hallamos un deslizamiento semántico análogo en la política contemporánea: mientras que en la modernidad temprana y ‘clásica’ los procesos y las tecnologías de aceleración fueron legitimados mediante la retórica del ‘progreso’, que reflejaba la promesa de aceleración, en la modernidad tardía el lenguaje político ha adoptado la terminología de ‘necesidad inherente’ e ‘inevitable ajuste’ (a un mundo ferozmente competitivo) –una clara indicación de las presiones que se sienten debido a la pendiente resbaladiza.

Sin embargo, en otro sentido, el lenguaje común parece servir como un indicador de la naturaleza de las sutiles conexiones entre las diferentes esferas de la aceleración social. La aceleración del ritmo del cambio social hacia un ritmo intrageneracional más que intergeneracional, se refleja en un lenguaje que evita predicados de identidad, usando en su lugar indicadores temporales. La gente habla de trabajar (por el momento) como panadero en lugar de ser panadero, vivir con Mary en lugar de ser el marido de Mary, ir a la iglesia metodista en lugar de ser un metodista, votar al partido republicano en lugar de ser un republicano, y así sucesivamente. Este uso del lenguaje indica que la preocupación por la contingencia ha incrementado incluso donde el ritmo real de cambio aún no lo ha hecho: las cosas (trabajos, cónyuges, compromisos religiosos y políticos, etc.) *podrían* ser de otra manera, *podrían cambiar* en cualquier momento, ya sea debido a mi propia decisión o a la decisión de otra gente. Aunque el aumento de la contingencia no es equivalente a aceleración, contribuye ciertamente a la percepción de la pendiente resbaladiza y la presión del tiempo. La introducción de indicadores temporales en las declaraciones de identidad (Yo era *entonces* metodista, *ahora estoy* casado con Mary, *seré* asesor *después* de conseguir mi siguiente título) refleja una ‘contracción de la identidad’ temporal que a su vez refleja la ‘contracción del presente’ identificada antes. Esto se puede medir, hasta un cierto grado, por los indicadores para la desinstitucionalización de biografías y trayectorias de vida.

En consecuencia, varios estudios recientes sugieren un cambio significativo en las perspectivas temporales a través de las que la gente organiza su vida. Como Martin Kohli ha indicado de forma convincente, la modernidad se caracterizó por una ‘temporalización de la vida’: las personas ya no estaban absorbidas en manejar

²⁴ Para una lista impresionante de estos ‘deberes’, ver Opaschowski (1995).

sus vidas día por día, sino que comenzaban a concebir sus vidas de acuerdo con las indicaciones de un modelo temporal estructurado en tres niveles (la biografía estándar moderna de educación, vida laboral, jubilación, o bien, niñez, vida adulta, vejez), los cuales definieron una estructura institucionalizada y segura y una perspectiva orientativa alrededor de las que los individuos podrían planificar sus vidas (Kohli 1990). Las identidades modernas ‘clásicas’ fueron por consiguiente proyectos a largo plazo que deberían evolucionar como una novela de formación (*Bildungsroman*). En la modernidad tardía, sin embargo, ya no se mantiene este patrón: ni la vida laboral ni la familiar se pueden prever o planear para toda la vida. En vez de eso, la gente desarrolla una nueva perspectiva que se ha denominado extrañamente como la ‘temporalización del tiempo’: los espacios de tiempo y la secuencia y duración de las actividades o de los compromisos ya no se planifican por adelantado, sino que se los deja seguir su curso (Sandbothe 1998; Hörning, Ahrens y Gerhard 1997). Esta ‘temporalización del tiempo’, sin embargo, es equivalente a la destemporalización de la vida: la vida ya no se planifica sobre una línea que se extiende desde el pasado al futuro; en su lugar, las decisiones se toman de ‘vez en cuando’, según las necesidades y deseos situacionales y contextuales. Como Richard Sennett plantea en su famoso ensayo “La corrosión del carácter” (1998), la estabilidad del carácter y la adherencia a un plan de vida resistente al tiempo son incompatibles con las demandas del mundo de la modernidad tardía.²⁵ De este modo, una concepción de la buena vida basada en compromisos a largo plazo, duración y estabilidad, se ve frustrada por el acelerado ritmo del cambio social (Rosa 1998b).

Pero incluso cuando esta nueva perspectiva se describe en términos neutrales o incluso positivos, resulta evidente que una nueva forma de ‘situacionalismo’ está reemplazando a la identidad temporalmente extendida que caracteriza a la modernidad clásica (Hörning et al. 1997). Este ‘nuevo situacionalismo’ de alguna manera se parece a las formas premodernas de existencia en las que la gente tenía que hacer frente a contingencias imprevisibles día por día sin poder hacer planes para el futuro; sin embargo, mientras que los acontecimientos, las contingencias y los peligros que amenazan *su* forma de vida (desastres naturales, guerras, enfermedades, etc.) eran exógenos a la sociedad, el ‘nuevo situacionalismo’ es un

²⁵ Ver e.g. en Hörning et al. (1997) la caracterización de la figura de la modernidad tardía que los autores denominan *the gambler* –el jugador–; este personaje se asemeja al *drifter* –persona que va dando tumbos– descrito por Richard Sennett, aunque Sennett es mucho más crítico respecto de la conveniencia de tal perspectiva del tiempo. Para una crítica filosófica de este ‘reducido’ sentido del tiempo que se enfoca exclusivamente en el presente, ver Sturma (1997). Para una discusión adicional de las causas y consecuencias de la ‘temporalización del tiempo’, ver Rosa (2001).

producto endógeno de las mismas estructuras sociales. Como sea que evaluemos este fenómeno, queda clara la incompatibilidad entre las identidades ‘situacionales’ y el ideal moderno de autonomía ética individual. Ello, puesto que el ideal de llevar una vida autónoma y reflexiva requiere aceptar compromisos a largo plazo que confieran sentido de dirección, prioridad y ‘narrabilidad’ a la vida.²⁶

La incapacidad de involucrarse en compromisos a largo plazo y de desarrollar un marco de prioridades resistentes al tiempo y unas metas a largo plazo parece guiar con frecuencia a una paradójica contrarreacción, en la que la experiencia de un ‘tiempo temporalizado’ y de un cambio frenético da paso a la percepción de un ‘tiempo congelado’ sin un pasado y un futuro (con sentido), y consecuentemente, de deprimente inercia. El filósofo alemán Klaus-Michael Kodalle ha intentado explicar este fenómeno filosóficamente, mientras que la *Generación X* de Douglas Coupland lo ilustra metafóricamente en los relatos de “Texlahoma”, un lugar en donde el tiempo está congelado eternamente en el año 1974 –logrando un agradable contraste con el subtítulo del libro: “Cuentos para una cultura acelerada”. Finalmente, Peter Conrad observa que históricamente el problema de *l’ennui* (el aburrimiento) se vuelve molesto precisamente en el momento en que la Revolución Industrial aumentó la velocidad en todas las áreas de la experiencia humana y creó un clima de dinamismo frenético y propulsivo en el que la misma historia se imaginaba como un tren expreso (Conrad 1999, Kodalle 1999, Garhammer 1999, Sennett 1998, Rosa 1999).

En resumen, la reacción del individuo a la aceleración social en la modernidad tardía parece resultar en una nueva forma de identidad situacional, en la cual el dinamismo de la modernidad ‘clásica’, caracterizado por un fuerte sentido de dirección (percibido como *progreso*), es reemplazado por una sensación de movimiento frenético y sin rumbo que es, de hecho, una forma de inercia.

2. El ‘final de la política’ y la destemporalización de la historia

Curiosamente, un fenómeno exactamente análogo puede observarse en la política de la modernidad tardía. Aquí tenemos la misma constelación de una ‘tempo-

²⁶ Curiosamente, los descubrimientos de algunos autores sugieren que existe una tendencia hacia un ‘nuevo fatalismo’ que asume que no podemos controlar o planear las condiciones de nuestras vidas (e.g. Garhammer 1999). Esto también puede leerse como prueba del aumento de una perspectiva ‘situacional’ en lugar de ‘temporal’. Hörning, Ahrens y Gerhard (1999) también señalan que la incapacidad de desarrollar un sentido persistente de relevancia, dirección y prioridad es un problema serio para el tipo de personalidad de la modernidad tardía del ‘jugador’ (*gambler*).

realización del tiempo' político que da como resultado una destemporalización de la política. La política en la modernidad clásica tenía un índice temporal precisamente en las propias denominaciones de 'progresistas' vs. 'conservadores' (o izquierda vs. derecha), mientras que la historia se percibía como un progreso (dirigido): la política *progresista* buscó acelerar este movimiento histórico, mientras que la política *conservadora* fue 'reaccionaria' al oponerse a las fuerzas de cambio y aceleración. Hoy en día, irónicamente, si es que la distinción entre izquierda y derecha ha retenido algún poder de discriminación, los 'progresistas' tienden a simpatizar con los defensores de la desaceleración (haciendo hincapié en la localidad, el control político de la economía, la negociación democrática, la protección del medio ambiente, etc.), mientras que los 'conservadores' se han convertido en fuertes defensores de la necesidad de una mayor aceleración (incluyendo las nuevas tecnologías, los rápidos mercados económicos y una veloz toma de decisiones administrativas). Esto es sólo otro ejemplo de cómo las fuerzas de la aceleración han sobrepasado a los mismos agentes e instituciones que las pusieron en marcha: la burocracia, el estado-nación, el estricto régimen de horario de la fábrica, las políticas democráticas, identidades personales estables. Históricamente, todas estas instituciones desempeñaron un papel central en el desarrollo de la aceleración social al proporcionar unas condiciones iniciales estables y calculables, pero ahora corren el peligro de verse erosionadas por las mismas fuerzas de aceleración que ponen en marcha.²⁷ En la modernidad tardía, estas instituciones se han convertido en un obstáculo para una futura aceleración. La misma idea de una 'institución', cuya raíz latina indica su carácter estático y duradero, es incompatible con la idea de una aceleración 'total' (Figura 3).

Como resultado, la política también se ha convertido en situacionista: se limita a *reaccionar* ante las presiones en lugar de desarrollar visiones progresistas propias. Muchísimas veces, las decisiones políticas ya no aspiran a dirigir activamente el desarrollo social (aceleratorio), sino que son defensivas y desaceleradoras. Parece que tal como se ha vuelto prácticamente imposible planificar individualmente la vida de uno mismo en el sentido de un 'proyecto de vida', se ha vuelto políticamente imposible planificar y moldear la sociedad a través del tiempo; el tiempo de los proyectos políticos, al parecer, también se ha acabado. Tanto individual como políticamente, la sensación de un movimiento de la historia dirigido ha dado lugar

²⁷ De este modo, el grito neoliberal por una desregularización es claramente una reacción a la percibida lentitud de una burocracia que fue una vez aclamada por Max Weber como la más rápida y más eficiente institución concebible. De manera similar, el poder del estado-nación parece estar en declive porque sus reacciones son demasiado lentas en un mundo de transacciones globales de alta velocidad. La lentitud del estado fue posiblemente un factor clave en la caída del imperio soviético.

Figura 3: La dialéctica de la aceleración y la estabilidad institucional
Aceleradores modernos como desaceleradores de la modernidad tardía

INSTITUCIONES SOCIALES BÁSICAS	COMO ACELERADORES EN LA MODERNIDAD 'CLÁSICA'	COMO DESACELERADORES EN LA MODERNIDAD 'TARDÍA'
Burocracia	Aceleración de los procesos de administración	Desaceleración de procesos sociales y económicos
Estado-nación	Aceleración por medio de la estandarización (tiempo, lenguaje y derecho)	Desaceleración de procesos circulatorios supranacionales
Democracia representativa	Adaptación acelerada a necesidades sociopolíticas	Desaceleración de vitales toma-de-decisiones
Regulación política	Aceleración a través políticas 'progresistas'	Desaceleración por medio del reclamo por regulación
Separación espacial y temporal de trabajo y 'vida'/ocio	Desinhibida aceleración de procesos económicos productivos	Inhibida aceleración del mundo de la vida (<i>life world</i>)
Identidades personales estables	Aceleración a través de la individualización	Desaceleración/inhibición del cambio a través de la desflexibilización
Planes de vida individuales	Aceleración a través de la temporalización de la vida	Desacelerada adaptación al cambio social

a una sensación de cambio frenético y carente de dirección. Para Armin Nassehi (1993), un autor alemán de la tradición de la teoría sistémica, esta pérdida de autonomía política (que se corresponde con la pérdida de autonomía individual discutida anteriormente) es una consecuencia inevitable de las estructuras temporales de la sociedad moderna:

El presente... pierde su capacidad de moldear y planificar. Como el presente de la acción, éste está siempre orientado hacia el futuro, pero no puede moldear dicho futuro debido a las dinámicas, los riesgos y la gran cantidad de simultaneidad dentro del presente, las cuales no se pueden controlar en absoluto. La modernidad temprana prometió tanto la capacidad de modelar y controlar el mundo y el tiempo, como de

iniciar e históricamente legitimar un futuro progreso. Pero en la modernidad tardía, el tiempo mismo ha venido a destruir el potencial para cualquier forma de control social o substancial, influencia o dirección. (Nassehi 1993:375)²⁸

El problema estructural en el corazón de esta *desaparición de la política* es la incapacidad fundamental del sistema político de acelerar. Aquí tocamos una característica estructural central de las sociedades de la modernidad tardía: la desincronización de las esferas sociales y funcionales que toma dos formas. Primero, existe una desincronización de diferentes grupos y segmentos de la sociedad. No todos los grupos sociales aceleran de la misma manera: algunos, como los enfermos, los desempleados, los pobres o, en cierta medida, las personas mayores se ven forzados a ‘desacelerar’, mientras que otros, como los Amish, se niegan a adoptar las estructuras y los horizontes temporales de la modernidad. Esta desincronización supone una mayor ‘simultaneidad de lo no simultáneo’: métodos de guerra, transporte o comunicaciones de alta tecnología y de la edad de la piedra coexisten uno junto al otro, no sólo entre diferentes países, sino incluso dentro de una misma sociedad; de la misma manera, ritmos de vida rápidos y lentos pueden observarse en una misma calle.²⁹ Es probable que el resultado de esta ‘multitemporalidad’ sea una *desintegración* progresiva de la sociedad. En un principio, la desincronización de varios segmentos podría agravar el problema de la ‘guetización’, transformando la sociedad en un mosaico de guetos temporales. Ahora bien, algunos de esos guetos podrían resistirse a las fuerzas de la aceleración, pero dondequiera que estas fuerzas estén en operación, eventualmente impondrán la disolución de las fronteras entre los grupos y los segmentos, ya que estas fronteras son límites de velocidad efectivos (la creciente irrelevancia de las fronteras entre estados son el mejor ejemplo de esta tendencia). La desdiferenciación posmoderna resultante, sin embargo, puede no conducir a la reintegración; por el contrario, puede llevar a una amalgama social

²⁸ De manera similar, Baudrillard sostiene que la historia ha perdido su sentido de progresión (lineal): ya no se mueve hacia un punto final imaginario (razón por la cual Baudrillard señala que el ‘simbólico año 2000’ no se alcanzará nunca), sino, más bien, “es desintegrada en sus simples elementos en un proceso catastrófico de recurrencia y turbulencia” (Baudrillard 1994:11). Comparar también con Baier (2000).

²⁹ Por supuesto, la tesis de la aceleración presentada en este artículo sólo se sostiene si se puede demostrar que el predominio de los procesos de desaceleración y la abundancia de tiempo (de encontrarse) son un fenómeno sólo característico de los grupos socialmente excluidos o poco aventajados como los ancianos, los desempleados y los pobres o enfermos, en vez de las elites que marcan tendencias. La desaceleración, en este sentido, es un signo de la privación y la exclusión, y por lo tanto juega un papel disfuncional en vez de uno funcional en las sociedades modernas, que en parte puede explicarse como un efecto no deseado en el sentido de la categoría tres antes señalada.

de ritmo rápido, atomizada y caleidoscópica en la cual asociaciones altamente volátiles y *milieus* de acuerdo a estilos de vida reemplacen al ‘mosaico de guetos’.

Esto, a su vez, puede agravar el problema político de la desincronización en su segunda forma. Contrariamente a la opinión generalizada, la modernidad no sólo ha establecido una forma única unitaria de tiempo lineal abstracto que sincronice sus diversos subsistemas. Más bien, los procesos de diferenciación funcional resultaron en una serie de subsistemas cuasi autopoyéticos como la economía, la ciencia, el derecho, la política, las artes, etc., cada uno de los cuales sigue sus propios ritmos temporales, pautas y horizontes. De la misma manera que no existe un centro unificador social o sustancial que gobierne las operaciones subsistémicas, no existe tampoco una autoridad temporal integradora, y esto resulta a su vez en una creciente desincronización temporal.

Para el sistema político, esto implica verdaderos horizontes temporales paradójicos. Por un lado, el tiempo necesario para la toma de decisiones políticas democráticas no sólo es muy difícil de acelerar, ya que los procesos de deliberación y agregación en una sociedad democrática y pluralista inevitablemente toman tiempo;³⁰ sino que de hecho está *aumentando* por varias razones. Primero, cuanto menos consenso hay dentro de una sociedad, menos convencionalistas serán los principios legitimadores de esa sociedad y más costará alcanzar consenso, y las ‘desintegradas’ sociedades modernas de la aceleración suelen volverse más pluralistas y menos convencionalistas, lo que dificulta saber de antemano incluso qué asociaciones o grupos sociales van a ser relevantes para las negociaciones. Por consiguiente, en un mundo político volátil, aumenta el tiempo necesario para una organización efectiva de los intereses colectivos.³¹ Segundo, cuanto menos certeza exista sobre las condiciones futuras, más costará planificar el futuro y tomar decisiones.³² Debido a la aceleración del cambio social y la contracción del presente, las condiciones de contexto (*background conditions*) devienen cada

³⁰ Comparar en profundidad con Scheuerman (2001a), quien señala que existe una antigua tendencia en la política a desplazar el poder político desde la rama Legislativa a la Ejecutiva del gobierno en orden a acelerar los procesos de toma de decisiones y a mantener el control político en el ‘imperio de la velocidad’.

³¹ “¿Cómo se puede organizar un público, nos podríamos preguntar, cuando literalmente no permanece en su lugar?... Sin adscripciones permanentes, las asociaciones son demasiado cambiantes y agitadas para permitir a un público que se localice e identifique a sí mismo fácilmente”, señala John Dewey (1954) en 1927 en *The Public and Its Problems*. Ver también Scheuerman (2001a).

³² De este modo, parece difícil desarrollar un buen plan de pensiones incluso en la fase demográfica estable, cuando se conoce la proporción de pensionistas de edad avanzada respecto de las personas que trabajan. Pero esta tarea se vuelve casi imposible cuando es incierto (a) cuánto tiempo las futuras generaciones vivirán, (b) cuánto tiempo trabajarán, (c) qué porcentaje de la población trabajará en qué momento (d), si el sistema de seguros será privatizado de todas maneras, (e) si el estado-nación perderá su poder de decidir por completo sobre los esquemas de pensión, etc.

vez más contingentes; en lugar de proveer criterios para la toma de decisiones, se convierten en factores problemáticos. Tercero, los *efectos* de las decisiones políticas tienden a extenderse cada vez más en el futuro –más visiblemente en el área de la energía nuclear o de la ingeniería genética, donde las decisiones parecen ser irreversibles. Cuanto mayor sea el alcance temporal de una decisión particular, más tiempo costará tomar la decisión racionalmente. Aquí, tal vez, es más visible la naturaleza paradójica de la formulación de políticas hoy en día: los efectos de decisiones cruciales se extienden en el tiempo de la misma manera que el tiempo disponible para tomarlas se encoge.

Por otro lado, contrario a esta necesidad de un mayor tiempo en la toma de decisiones políticas, la aceleración de los sistemas del entorno –especialmente la circulación económica y la innovación tecnológica y científica– *disminuye* el tiempo dado a la política para decidir sobre un asunto. Si la política aspira a dirigir y controlar las condiciones básicas del desarrollo tecnológico y económico, tiene que, o bien mantener su acelerado ritmo, o bien violar seriamente su autonomía, lo que prácticamente terminaría con la diferenciación funcional. En la actualidad, los hacedores de políticas (*policy makers*) corren siempre el peligro de tomar decisiones completamente anacrónicas: cuando, después de años de deliberación y negociación, finalmente aprueben una ley regulando el uso de, digamos, algunos tipos de investigación con células madre o clonación, el progreso tecnológico podría haberla vuelto ya obsoleta.³³ Segundo, debido a la contracción del presente y al incremento de la contingencia, no sólo la velocidad sino también el número y la variedad de asuntos sociales que necesitan regulación política aumentan, dejando menos tiempo para cada una de las decisiones.

Tercero, puesto que las condiciones de contexto cambian rápidamente y los horizontes temporales en los que los efectos políticos pueden ser racionalmente planeados y controlados se contraen continuamente, cada vez menos cosas se pueden regular de forma duradera y efectiva. En su lugar, la política se vuelve un mero ‘salir del paso’ (descrito por Luhmann como la primacía del corto plazo) con soluciones cada vez más provisionales y temporales, asegurando que los temas continúen reapareciendo en la agenda. El resultado de estas presiones temporales contradictorias e incompatibles parece ser consistente con nuestro hallazgo anterior: la política no sólo se vuelve ‘situacionalista’ y pierde su sentido de dirección; también tiende a cambiar el proceso de toma de decisiones hacia otras arenas más

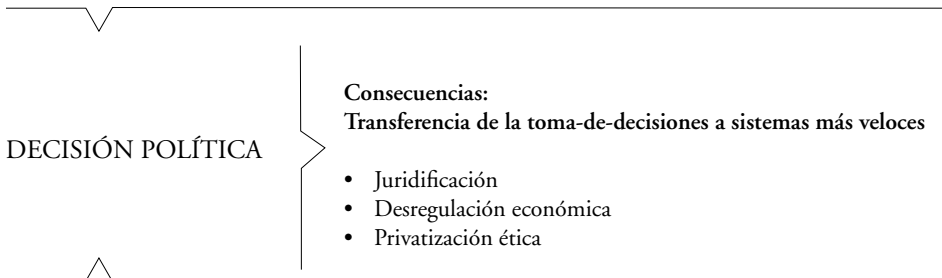
³³ Este fue el argumento de quienes apoyaron una proposición ocurrida en Suiza llamada la ‘iniciativa de aceleración’ (*Beschleunigungsinitiative*), la cual buscó reducir los procesos democráticos para acelerar la creación de leyes. Sin embargo, esta iniciativa fue rechazada en marzo de 2000 por referéndum.

veloces como son el sistema legal (juridificación) o la responsabilidad económica e individual (privatización y desregulación). Por consiguiente, precisamente en el momento de la historia donde el poder humano para dirigir y controlar su propio destino parece alcanzar un cenit tecnológico sin precedentes (principalmente, por supuesto, en forma de ingeniería genética), la capacidad política de la sociedad para hacer esto mismo alcanza su punto más bajo. La configuración política deliberada y democrática de nuestra sociedad y nuestra forma de vida, el proyecto político y la promesa de la modernidad ilustrada, parece por tanto volverse obsoleta en esta ‘sociedad de la aceleración’ de la modernidad tardía³⁴ (Figura 4).

Figura 4: Paradojas del tiempo político

Contracción del horizonte temporal/escasez incremental de los recursos-de-tiempo

- Decrecientes lapsos de tiempo para decisiones (velocidad incremental de las innovaciones tecnológicas y sociales)
- Incremento del número de decisiones necesarias, reducción del tiempo disponible por decisión.
- Decreciente horizonte de calculabilidad (contracción del presente)



Expansión del horizonte temporal/incremento de la demanda por recursos-de-tiempo

- Incremento del rango temporal de los efectos de las decisiones
 - Incremento de la demanda por regulación política como consecuencia del aumento de la contingencia
 - Erosión del sustrato común cultural y socioestructural para la toma de decisiones (desintegración) resultando en una demanda creciente de recursos-de-tiempo por decisión
 - Demanda creciente por información y planeación como consecuencia del incremento en la variabilidad de las condiciones-de-contexto que incrementan la demanda por recursos-de-tiempo p.d.
-

³⁴ Comparar con Scheuerman (2001a:32). Sin embargo, Scheuerman sigue siendo de alguna manera optimista acerca de la posibilidad de resincronización de los procesos socioeconómicos y políticos a través de una reforma institucional (Scheuerman 2001b:81-102).

Como resultado, la incapacidad de controlar el cambio social ha traído una abrumadora sensación de cambio sin dirección en una ‘jaula de hierro’ que se ha vuelto esencialmente inerte. De forma paralela a la experiencia individual del tiempo y de la vida delineada anteriormente, el frenético ritmo de los ‘acontecimientos’ políticos cubiertos en las noticias apenas puede ocultar la verdadera detención de la historia de las ideas –o de la historia misma. Como Baudrillard señala:

En esto consiste su acontecimiento más considerable: el nacimiento, al filo mismo de su movilización, de su proceso revolucionario (todas las sociedades son revolucionarias desde la perspectiva de los siglos pasados), de una fuerza de inercia equivalente, de una indiferencia inmensa, y del poder silencioso de esta indiferencia. Esta materia inerte de lo social no resulta de una falta de intercambios, de información o de comunicación, sino que resulta por el contrario de la proliferación y de la saturación de los intercambios [...] Es el astro frío de lo social y, en las inmediaciones de esta masa, la historia se enfría. Los acontecimientos se van produciendo uno tras otro y aniquilando en la indiferencia. Neutralizadas, mitridatizadas por la información, las masas a cambio, neutralizan la historia y funcionan como pantalla de absorción [*écran d'absorption*] [...] En estos momentos, los acontecimientos políticos ya no poseen suficiente energía autónoma para conmovernos [...] La historia se acaba ahí, no por falta de actores, ni por falta de violencia [...] ni por falta de acontecimientos [...] sino por la disminución de la velocidad, indiferencia y pasmo [...] la historia se hunde en su efecto inmediato, se agota en sus efectos especiales, implosiona en la actualidad. En el fondo, ni siquiera se puede hablar del fin de la historia, ya que no tendrá tiempo de alcanzar su propio fin. Sus efectos se aceleran, pero su sentido se vuelve más lento, inexorablemente. Acabará por detenerse y apagarse, como la luz y el tiempo en las inmediaciones de una masa infinitamente densa [...]. (Baudrillard 2004:3)³⁵

VI. Conclusión

Al principio de este artículo intenté señalar la relevancia que tiene la lógica de la aceleración en el proceso general de modernización. He señalado que en la tradición

³⁵ Extraído de la versión en español (2004:12-14). (N. del T.)

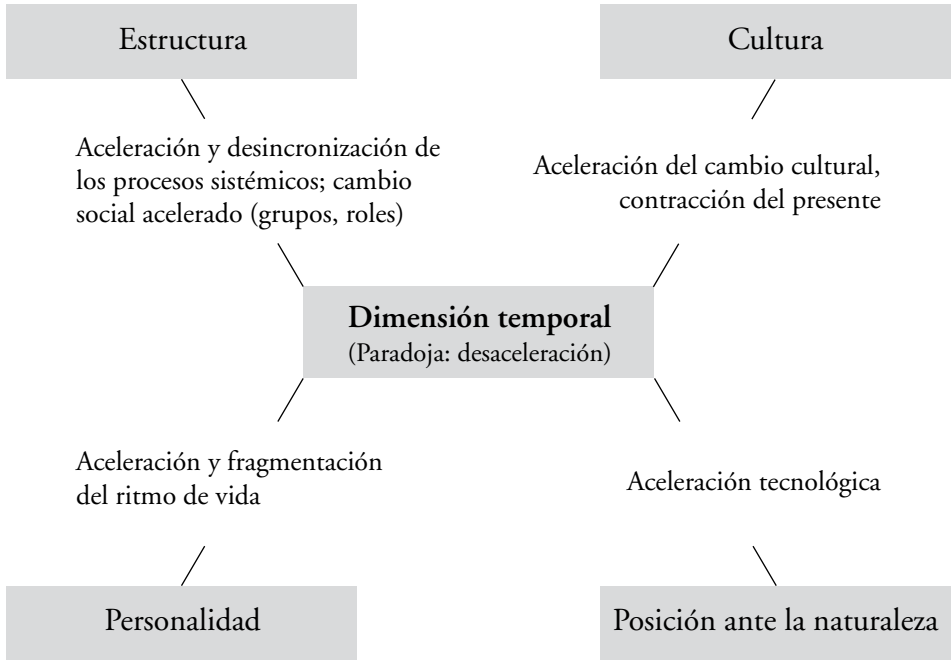
sociológica la modernización se ha analizado desde cuatro perspectivas diferentes relacionadas con la estructura social, la cultura, los tipos de personalidad y la relación con la naturaleza. Ahora bien, cuando intentamos reconceptualizar el proceso de aceleración a lo largo de las líneas definidas por estas cuatro dimensiones, parece que el cambio en las estructuras temporales es relevante para cada una de ellas.

Aunque ciertamente no todos los segmentos de la población mundial se ven igualmente afectados por el proceso de aceleración social –al contrario, en algunas partes del mundo y en algunos segmentos de las sociedades occidentales muchos procesos parecen de hecho desacelerar–, la lógica de la aceleración social es decisiva en la evolución estructural y cultural de la sociedad contemporánea. Por consiguiente, es evidente que la *aceleración tecnológica* es una característica crucial de relación de la sociedad moderna con la naturaleza, mientras que la *aceleración del ritmo de vida* es de primordial importancia para la personalidad en la modernidad tardía. Además, la *aceleración general del cambio social* está íntimamente relacionada con las transformaciones culturales y estructurales (Figura 5).

Con respecto a la estructura social, se han identificado dos aspectos de la aceleración distintos aunque a su vez relacionados. Por un lado, si entendemos la diferenciación funcional como la principal característica estructural de las sociedades modernas, hay claramente una aceleración de los procesamientos (sub-) sistémicos: las transacciones financieras, la producción económica y la distribución, los descubrimientos científicos, los inventos tecnológicos, las producciones artísticas e incluso el legislar (Schmitt 1950) se han, sin lugar a dudas, acelerado siguiendo sus propias lógicas sin demasiada interferencia externa. Esto ha llevado a la desincronización, ya que no todos los subsistemas son igualmente susceptibles a la aceleración.³⁶ Por otro lado, si consideramos que la estructura básica de la sociedad es la estructura de sus asociaciones, grupos y colectividades, y las correspondientes estructuras de roles –como sugiere e.g. Parsons (1971)– entonces, sin lugar a dudas, los procesos de aceleración social han aumentado la velocidad del cambio social; tanto las estructuras familiares y ocupacionales como las asociaciones y los *milieus* se han vuelto altamente volátiles, cambiantes y contingentes, haciendo difícil identificar cualquier tipo de estructuras asociativas estables y

³⁶ Permanece abierta la pregunta de si en algún momento en el futuro impulso hacia una mayor aceleración causará una desdiferenciación final, como algunos defensores de la ‘posmodernidad’ argumentan, ya que los estrictos límites sistémicos podrían con el tiempo convertirse en obstáculos para la ‘total’ aceleración. Si esto sucediese, la diferenciación funcional podría ser un elemento más en la dialéctica entre aceleración y estabilidad (Figura 3): aceleró los procesos sociales en la modernidad clásica pero podría llegar a funcionar como un desacelerador en la modernidad tardía. Algunos autores sugieren que la posmodernidad se debe entender como un proceso de desdiferenciación en que las fronteras entre ciencia y religión, arte y tecnología, economía y política, etc., se están desmoronando. Ver Harvey (1990:291) y Jameson (1998).

Figura 5: El proceso de modernización II



relevantes tanto política como socialmente. Esto, como hemos visto, agrava aún más el problema de la integración social en las sociedades de la modernidad tardía.

Con relación a la dimensión cultural, la ‘contracción del presente’, i.e. el acortamiento de los períodos de tiempo dentro de los cuales las orientaciones para la acción y las prácticas sociales permanecen estables, es el efecto más importante de la aceleración social. Los estilos de vida, las modas, las prácticas, los compromisos ocupacionales, familiares, territoriales, políticos y religiosos, todos cambian a un ritmo más veloz y se vuelven crecientemente contingentes y revisables. Así, la cultura de la modernidad tardía aparece sin lugar a dudas como altamente dinámica.

Sin embargo, como se ha señalado a lo largo de este ensayo, en al menos tres de las cuatro dimensiones (estructura, cultura y personalidad) también encontramos signos complementarios de desaceleración o inercia –el paradójico lado opuesto de la aceleración social. De este modo, los individuos a veces experimentan su pérdida de dirección, de prioridades y de ‘progreso’ narrable como un ‘tiempo congelado’ o como una inercia real a pesar del ritmo frenético de los acontecimientos, del mismo modo que las arraigadas lógicas de las operaciones subsistémicas parecen

estar tan reificadas que las nociones del ‘fin de la historia’, el ‘agotamiento de las energías utópicas’ y la ‘jaula de hierro’ abundan entre los discursos del cambio social permanente y total.³⁷ De igual manera, con relación a la cultura, lo que desde una perspectiva parece ser una extensa contingencia de las orientaciones de los valores y los estilos de vida en los que ‘todo vale’, se puede interpretar desde otra perspectiva como una consolidación de las orientaciones de los valores básicos de la modernidad, i.e., como una estricta adherencia a los valores de actividad, universalidad, racionalidad e individualidad.³⁸ Desde la ‘perspectiva de la desaceleración’, el aparentemente rápido ritmo de cambio de las sociedades occidentales es sólo un fenómeno superficial bajo el cual encontramos inercia. Sólo con relación a la naturaleza parece no haber una desaceleración complementaria. Aquí, sólo la posibilidad inminente de desastres medioambientales figura como un potencial para la desaceleración (exógena).

Una última pregunta hace referencia a si realmente la aceleración es una *característica independiente* de la modernidad o simplemente *una perspectiva* desde la cual sus procesos esenciales (individualización, domesticación, racionalización, diferenciación) se puede reinterpretar. Después de todo, cada uno de los cuatro procesos tradicionalmente asociados con la modernización están intrincadamente conectados con aumentos en la velocidad: de este modo, la individualización puede ser tanto una causa como un efecto de la aceleración, ya que los individuos son más móviles y adaptables al cambio y más rápidos en la toma de decisiones que los colectivos. Del mismo modo, una de las principales razones, así como una de las consecuencias, de la diferenciación organizacional es la aceleración de los procesos sistémicos, y lo mismo ocurre con la racionalización como el aumento de las relaciones medios-fines y con la domesticación como un aumento del control instrumental. No obstante, yo sugeriría que la aceleración es un rasgo constitutivo e irreductible de la modernización por al menos tres razones. Primero, tanto la existencia humana individual como la colectiva son en su misma esencia temporales y procesuales; los cambios en las estructuras temporales son cambios en la existencia individual y colectiva.³⁹ Por consiguiente, es sólo con relación a cambios

³⁷ Incluso, si existiera con el tiempo una desdiferenciación posmoderna de los subsistemas sociales, esto, en mi opinión, no alterará la percepción de inercia e impotencia, ya que el ‘caos caleidoscópico’ resultante será incluso menos controlable. La torpeza operativa de las fronteras sistémicas no revertirá el incontrolable y no-intencional funcionamiento del procesamiento sistémico.

³⁸ Para este argumento, ver Günter Voß (1990) y Schulze (1997).

³⁹ “El yo es proceso; la dimensión temporal es fundamental. Negar la dimensión temporal es negar la esencia. Nunca entenderemos lo humano simplemente analizando el individuo como una configuración estable de rasgos, cualidades o actitudes”, argumenta Robert Lauer (1981:56 y 88), recordando a Heidegger y convincentemente agregando que exactamente lo mismo también es válido para la interacción social y la sociedad.

significativos en su temporalidad que la naturaleza y el impacto de la modernización se vuelven plenamente visibles. Segundo, la aceleración social pone de manifiesto la lógica unitaria que subyace bajo cada una de las cuatro dimensiones de la modernización. Y tercero, sólo desde una perspectiva temporal podemos comprender en su totalidad las transformaciones fundamentales en la sociedad contemporánea, las cuales son el resultado de la aceleración social *dentro* del marco inalterado de la modernidad, pero *más allá* de los límites de la integración y autonomía social e individual. Como tales, estas transformaciones equivalen a una revolución social silenciosa aunque radical y cualitativa como consecuencia de un mero cambio cuantitativo en el ámbito de la velocidad.

Traducción de Fernando Campos Medina y María Isabel Vila Cabanes***

Recibido diciembre 2010
Aceptado enero 2011

Referencias bibliográficas

- Adam, Barbara, 1990. *Time and Social Theory*. Oxford: Polity Press.
- Appadurai, Arjun, 1990. *Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy*. En Mike Featherstone, comp. *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity*. M. Featherstone. London: Sage, 295-310.
- Augé, Marc, 1992. *Non-Lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*. Paris: du Seuil.
- Baier, Lothar, 2000. *Keine Zeit! 19 Versuche über die Beschleunigung*. Munich: Antje Kunstmann.
- Baudrillard, Jean, 1994. *The Illusion of the End*. Oxford: Polity.
- Baudrillard, Jean, 2004. *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*. Thomas Kauf, trad. Barcelona: Anagrama, 4ta. ed.
- Beck, Ulrich, Anthony Giddens y Scott Lash, 1994. *Reflexive Modernization: Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*. Cambridge: Polity.
- Benthaus-Apel, Friederike, 1995. *Zwischen Zeitbindung und Zeitautonomie. Eine empirische Analyse der Zeitverwendung und Zeitstruktur der Werktags- und Wochenendfreizeit*. Wiesbaden: Deutscher Universitäts Verlag.
- Blumenberg, Hans, 1986. *Lebenszeit und Weltzeit*. Frankfurt/M.: Suhrkamp

* Sociólogo Pontificia Universidad Católica de Chile, doctor (c) en Sociología Friedrich-Schiller-Universität Jena, Graduate School "Human Behaviour in Social and Economic Change" (GSBC). E-mail: fernandocampos_molina@yahoo.com.

** Licenciada en Filología Inglesa Universidad de Valencia, España, doctora (c) en Literatura Inglesa y Americana Friedrich-Schiller-Universität Jena. E-mail: isivila@hotmail.com.

- Bonus, Holger, 1998. "Die Langsamkeit der Spielregeln." En Klaus Backhaus y Holger Bonus, comps. *Die Beschleunigungsfalle oder der Triumph der Schildkröte*. Stuttgart: Schäffer/Pöschel, 3ra. ed., 41-56.
- Conrad, Peter 1999. *Modern Times, Modern Places*. New York: Alfred A. Knopf.
- Dewey, John, 1954. *The Public and Its Problems*. Athens: Ohio University Press.
- Eberling, Matthias, 1996. *Beschleunigung und Politik*. Frankfurt/M. and New York: Peter Lang.
- Fukuyama, Francis, 1992. *The End of History and the Last Man*. New York: The Free Press.
- Garhammer, Manfred, 1999. *Wie Europäer ihre Zeit nutzen. Zeitstrukturen und Zeitkulturen im Zeichen der Globalisierung*. Berlin: Edition Sigma.
- Geißler, Karlheinz, 1999. *Vom Tempo der Welt. Am Ende der Uhrzeit*. Freiburg: Herder.
- Gleick, James, 1999. *Faster: The Acceleration of Just About Everything*. New York: Pantheon.
- Glottz, Peter, 1998. "Kritik der Entschleunigung." En Klaus Backhaus y Holger Bonus, comps. *Die Beschleunigungsfalle oder der Triumph der Schildkröte*. Stuttgart: Schäffer/Pöschel, 3ra. ed., 75-89.
- Gronemeyer, Marianne, 1996. *Das Leben als letzte Gelegenheit. Sicherheitsbedürfnisse und Zeitknappheit*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2da. ed.
- Gurvitch, Georges, 1963. "Social Structure and the Multiplicity of Time." En Edward A. Tiryakian, comp. *Sociological Theory, Values, and Sociocultural Change*. London: Free Press of Glencoe, 171-185.
- Günter Voß, Gerd, 1990. "Wertewandel – eine Modernisierung der protestantischen Ethik." *Zeitschrift für Personalforschung* 3, 263-275.
- Harvey, David, 1990. *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Cambridge, MA and Oxford: Blackwell.
- Hörning, Karl H, Daniela Ahrens y Anette Gerhard, 1997. *Zeitpraktiken. Experimentierfelder der Spätmoderne*. Frankfurt/M.: Suhrkamp.
- _____, 1999. "Do Technologies Have Time? New Practices of Time and the Transformation Communicative Technologies." *Time & Society*, Vol. 8, N° 2-3, 293-308.
- Jahoda, Marie, 1988. "Time: A Social Psychological Perspective". En Michael Young y Tom Schuller, comps. *The Rhythms of Society*. London and New York: Routledge, 154-172.
- Jameson, Fredric, 1998. *The Cultural Turn: Selected Writings on the Postmodern 1983-1998*. London/New York: Verso.
- Kodalle, Klaus-Michael, comp., 1999. *Zeit-Verschwendung. Ein Symposium*. Würzburg: Königshausen und Neumann.
- Kohli, Martin, 1990. "Lebenslauf und Lebensalter als gesellschaftliche Konstruktionen: Elemente zu einem interkulturellen Vergleich." En Elwert, Georg, Martin Kohli y Harald Müller, comps. *Im Lauf der Zeit. Ethnographische Studien zur gesellschaftlichen Konstruktion von Lebensaltern*. Saarbrücken: Breitenbach, 11-32.

- Koselleck, Reinhart, 1985. *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Laslett, Peter, 1988. "Social Structural Time: An Attempt at Classifying Types of Social Change by Their Characteristic Paces." En Michael Young y Tom Schuller, comps. *The Rhythms of Society*. London y New York: Routledge, 17-36.
- Lauer, Robert, 1981. *Temporal Man: The Meaning and Uses of Social Time*. New York: Praeger.
- Levine, Robert, 1997. *A Geography of Time*. New York: Basic.
- Linder, Staffan B, 1970. *The Harried Leisure Class*. New York: Columbia University Press.
- Luhmann, Niklas, 1982. *The Differentiation of Society*. Stephen Holmes y Charles Larmore, trads. New York: Columbia University Press.
- Lübbe, Hermann, 1998. "Gegenwartsschrumpfung." En Klaus Backhaus y Holger Bonus, comps. *Die Beschleunigungsfalle oder der Triumph der Schildkröte*. Stuttgart: Schäffer/Pöschel, 3ra. ed., 129-164.
- Müller, Hans-Peter, y Michael Schmid, comps., 1995. *Sozialer Wandel. Modellbildung und theoretische Ansätze*. Frankfurt/M: Suhrkamp.
- Nassehi, Armin, 1993. *Die Zeit der Gesellschaft. Auf dem Weg zu einer soziologischen. Theorie der Zeit*. Opladen: Westdeutscher Verlag.
- Opaschowski, Horst W, 1995. *Marketing von Erlebniswelten*. Opladen: Westdeutscher Verlag, 2da. ed.
- Parsons, Talcott, 1971. *The System of Modern Societies*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Postone, Moishe, 1996. *Time, Labor, and Social Domination: A Reinterpretation of Marx's Critical Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Psychologie Heute*, 1999, 26, Nº 3.
- Rammstedt, Otthein, 1975. "Alltagsbewußtsein von Zeit." *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie* 27:50.
- Rosa, Hartmut, 1998a. *Identität und kulturelle Praxis. Politische Philosophie nach Charles Taylor*. Prefacio Axel Honneth. Frankfurt/M. and New York: Campus.
- _____, 1998b. "On Defining the Good Life: Liberal Freedom and Capitalist Necessity." *Constellations*, Vol. 5, Nº 2, 201-214.
- _____, 1999. "Am Ende der Geschichte: Die 'Generation X' zwischen Globalisierung und Desintegration." En von Karsten Fischer, comp. *Neustart des Weltlaufs? Fiktion und Faszination der Zeitwende*. Frankfurt/M.: Suhrkamp, 246-263.
- _____, 2001. "Temporalstrukturen in der Spätmoderne: Vom Wunsch nach Beschleunigung und der Sehnsucht nach Langsamkeit. Ein Literaturüberblick in gesellschaftstheoretischer Absicht." *Handlung, Kultur, Interpretation* Jg. 10, 335-381.
- _____, 2002a. "Accelerated Time: A Few Remarks on the Modernity of Goethe." Manuscrito.
- _____, 2002b. "Wachstum und Beschleunigung – Angst und Verheißung der kapitalistischen Gesellschaft [Aporte a la discusión de: Elmar Altvater: Kapitalismus - zur Bestimmung,

- Abgrenzung und Dynamik einer geschichtlichen Formation].“ *Erwägen Wissen Ethik* (anterior *Ethik und Sozialwissenschaften*) Jg. 13, Heft 3, 330-333.
- Reheis, Fritz, 1998. *Die Kreativität der Langsamkeit. Neuer Wohlstand durch Entschleunigung*. Darmstadt: Primus, 2da. ed.
- Robinson, John P., y Geoffrey Godbey, 1996. “The Great American Slowdown.” *American Demographics* (junio), 42-48.
- Sandbothe, Mike 1998. *Die Verzeitlichung der Zeit. Grundtendenzen der modernen Zeitdebatte in Philosophie und Wissenschaft*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Scheuerman, William E., 2000. “The Economic State of Emergency.” *Cardozo Law Review*, Vol. 21, Nos. 5-6.
- , 2001a. “Liberal Democracy and the Empire of Speed.” *Polity*, Vol. 34, N° 1, 41-67.
- , 2001b. “Reflexive Law and the Challenges of Globalization.” *Journal of Political Philosophy*, Vol. 9, N° 1, 81-102.
- Schivelbusch, Wolfgang, 2000. *Geschichte der Eisenbahnreise. Zur Industrialisierung von Raum und Zeit im 19. Jahrhundert*. Frankfurt/M.: Fischer Taschenbuch Verlag.
- Schmied, Gerhard, 1985. *Soziale Zeit. Umfang, ‘Geschwindigkeit,’ Evolution*. Berlin: Duncker & Humbolt.
- Schmitt, Carl, 1950. *Die Europäische Rechtswissenschaft*. Tübingen: Universitätsverlag.
- Schulze, Gerhard, 1994. “Das Projekt des schönen Lebens. Zur soziologischen Diagnose der modernen Gesellschaften.” En Alfred Bellebaum y Klaus Barheier, comps. *Lebensqualität. Ein Konzept für Praxis und Föschung*. Opladen: Westdeutscher Verlag, 13-39.
- , 1997. “Steigerunglogik und Erlebnisgesellschaft.” *Politische Bildung* 30, N° 2
- Seiwert, Lothar J., 2000. *Wenn Du es eilig hast, gehe langsam: Das neue Zeitmanagement in einer beschleunigten Welt*. Frankfurt/New York: Campus, 5ta. ed.
- Sennett, Richard, 1998. *The Corrosion of Character: The Personal Consequences of Work in the New Capitalism*. New York: Norton.
- Simmel, Georg, 1971. “The Metropolis and Mental Life.” En Donald N. Levine, comp. *Individuality and Social Form*. Chicago: University of Chicago Press, 324-339.
- , 1978. “The Philosophy of Money.” En David Frisby, comp. *The Philosophy of Money by Georg Simmel*. London: Routledge, 470-512.
- Sturma, Dieter, 1997. “Die erweiterte Gegenwart. Kontingenz, Zeit und praktische Selbsterhältnisse im Leben von Personen.” En Antje Gimmler, Mike Sandbothe, Walther Chr. Zimmerli, comps. *Die Wiederentdeckung der Zeit. Reflexionen, Analysen, Konzepte*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 63-78.
- Sztompka, Piotr, 1993. *The Sociology of Social Change*. Oxford: Blackwell.
- Taylor, Charles, 2002. “Marx statt Tocqueville. Über Identität, Entfremdung und die Konsequenzen des 11. September. Entrevista con Hartmut Rosa and Arto Laitinen.” *Deutsche Zeitschrift für Philosophie* 50, N° 1, 127-148.

- _____, 2004. "Modern social imaginaries" Durham and London: Duke University Press.
- Turkle, Sherry, 1995. *Life on the Screen: Identity in the Age of the Internet*. New York: Simon & Schuster.
- Van der Loo, Hans, y Willem van Reijen, 1997. *Modernisierung. Projekt und Paradox*. Munich: DTV, 2da. ed.
- Virilio, Paul, 1997. *Open Sky*. London/New York: Verso.
- _____, 1998. "Polar Inertia." En James Der Derian, comp. *The Virilio Reader*. Oxford: Blackwell, 117-133.
- Wagner, Peter, 1994. *A Sociology of Modernity: Liberty and Discipline*. London: Routledge.